
ELECCIONES, PARTICIPACION Y CULTURA POLITICA: CAMBIOS Y CONTINUIDADES

José Alvaro Moisés

RESUMEN. Este artículo analiza las relaciones entre la participación electoral y los cambios producidos en la cultura política del electorado brasileño a partir de los resultados de las elecciones presidenciales de 1989. Utilizando datos agregados sobre las elecciones y datos provenientes de un *estudio* nacional dirigido por el autor sobre la cultura política postautoritaria en Brasil, se discute la hipótesis de que el rechazo de las supervivencias arcaicas de la tradición política brasileña, que implica rasgos invisibles de una actitud moralizante de los electores brasileños frente a un estilo antirrepublicano de las políticas, se constituye en base indispensable para la emergencia de una cultura política democrática y republicana en el país.

«Há uma total e absoluta incompatibilidaddde entre un regime presidencialista e um sistema partidário forte, consistente e doutrinário.»

Presidente COLLOR DE MELLO

1. *Introducción*

Las elecciones presidenciales de 1989 confirmaron el diagnóstico de que, en Brasil, los electores usan el voto como arma para sancionar positiva o negativamente la gestión de los gobiernos; en particular, su capacidad para gestionar adecuadamente la grave situación económica a la que se ha

enfrentado el país en las últimas décadas. Casi treinta años después de las últimas elecciones libres para presidente de la República, en todas partes y en todos sus segmentos, los electores mostraron la profundización de la *tendencia plebiscitaria* que se ha manifestado, principalmente, en las regiones más desarrolladas del país, es decir, del Brasil moderno. En la historia política reciente, esta tendencia se generalizó en los años setenta, con la crisis del régimen autoritario: situados frente a la opción del bipartidismo tutelado (Arena y PMDB) los electores protestaban votando *contra* el autoritarismo y, en general, a favor de la democracia. Ahora el régimen autoritario ya no existe y la democracia procura consolidarse, pero los electores continúan votando *contra*, es decir, rechazando el gobierno vigente (la elección del 86 es la única excepción). La gran novedad, entretanto, es que, ahora, junto con el rechazo de los gobiernos considerados incapaces, los electores también protestan contra el arcaísmo de la tradición política brasileña, en particular contra las prácticas de corrupción, favoritismo y privatismo¹.

De hecho, la mayoría de los análisis que intentan explicar el voto popular de 1989 hacen hincapié en la percepción social de la profunda crisis moral y política que, desde el inicio de la Nueva República, ha afectado tanto a la imagen de los políticos como al funcionamiento de las instituciones del naciente régimen democrático brasileño. Para parcelas cada vez más amplias de la opinión pública —la malversación de los fondos públicos, los escándalos que afectan a las autoridades del gobierno y de los órganos legislativos, las prácticas de clientelismo y de prebendalismo, las dificultades que impiden la participación de los ciudadanos— todo ello

¹ Sobre el régimen plebiscitario y el voto de protesta, véase, especialmente, B. LAMOUNIER, «Comportamento eleitoral em São Paulo-passado e presente», en B. LAMOUNIER y F. H. CARDOSO, *Os partidos e as eleições no Brasil*, Voces/CEBRAP, Río, 1975; véase, también, «O voto em São Paulo; 1970-1978», en B. LAMOUNIER, *Voto de desconfiança*, Voces/CEBRAP, Río, 1980. Véase, además, J. A. MOISÉS y J. A. G. ALBUQUERQUE, «1974, a avalanche dos votos de protesto», en J. A. MOISÉS, *Cenas de política explícita*, Marco Zero, SP, 1986. O'Donnell y Schmitter sugieren para lo que llaman las «elecciones fundacionales», es decir, las que marcan el ocaso de las transiciones del autoritarismo a la democracia, la presencia de un fenómeno semejante al plebiscitario, el «efecto pendular», que caracteriza el castigo impuesto por los electores a los gobiernos, de derecha o de izquierda, que gestionan inadecuadamente los problemas económicos. Aunque no se pueda hablar propiamente, en el caso de las elecciones brasileñas de 1989, de «elecciones fundacionales», porque el régimen autoritario mantuvo los procedimientos electorales durante toda su duración, la caracterización tiene algún sentido, puesto que éstas fueron las primeras elecciones que, destinadas a formar gobierno, conllevaron, efectivamente, la posibilidad de alternancia en el poder. Véase, a propósito, G. O'DONNELL y P. SCHMITTER, «Convoking elections (and provoking parties)», en —de los mismos autores— *Transitions from authoritarian rule*, The John Hopkins University Press, 1986, parte IV, pp. 57 a 64. En cuanto a las elecciones de 1986, éstas han de entenderse dentro del contexto de las condiciones extremadamente excepcionales que rodearon la administración de la primera fase del «Plan Cruzado», cuyo fracaso y cuyos costes sociales fueron deliberadamente ocultados a la opinión pública por el gobierno Sarney hasta después de la divulgación de los resultados de las elecciones.

aparece, si no como la principal causa, sí como aspectos fuertemente relacionados con la mayor parte de los problemas que afectan a la vida de la población (misericordia, inflación, desempleo, etc.). En consecuencia, como han mostrado innumerables investigaciones de opinión, la mayor parte de los electores simplemente demuestran *no confiar* en los políticos y valoran con enorme severidad el desempeño de las instituciones democráticas, en particular las instituciones de representación. Se trata, como ya ha sido señalado para otros países de América Latina que pasaron por procesos de transición semejantes, como Argentina, Uruguay o Perú, de señales evidentes de una crisis de representación o, al menos, de indicios de disolución (o de dificultad para la constitución) de vínculos más profundos entre los ciudadanos y el conjunto de las instituciones representativas².

En 1989, este fuerte sentimiento de rechazo contra los que encarnan la «politiquería», la corrupción, el desgobierno o la traición de la confianza popular desempeñó, otra vez, un papel crucial en la definición del comportamiento electoral. Fue lo que sucedió con los dos grandes bloques en los que se dividió el electorado, esto es, los treinta y cinco millones de electores que escogieron a Collor de Mello y los treinta y uno que prefirieron a Lula da Silva. Así pues, tenemos buenas razones para entender aquello *contra* lo que votó el elector de 1989. Pero esto no explica la motivación positiva de este voto, es decir, *a favor* de qué, en concreto, se manifestó el elector. En otras palabras, no explica la relación que existe entre el rechazo de ciertos estilos y ciertos contenidos de la vida política y las aspiraciones del elector sobre su estructura permanente.

Se han realizado algunos intentos para responder a esta cuestión. El primero, sugerido por analistas de posturas distintas, mantiene que la elección de Collor de Mello habría representado el resultado de un enfrentamiento fundamental entre *modernidad* y *atraso*, con una victoria de la primera sobre el segundo. El polo *moderno*, en este caso, expresaría la tendencia de los que se inclinaron por la desestatalización de la economía y por la reforma del Estado, con el fin de atender al bienestar de las masas y hacer eficiente a la economía, de modo que pueda competir en el mercado internacional y, de esta forma, impulsar la vuelta al crecimiento del país. El polo *atrasado*, por el contrario, se representaría por la tendencia favorable al estatismo, al mantenimiento del corporativismo, al aislamiento del país del resto del mundo y a un modelo de sociedad que, por definición,

² Véase la investigación del IBOPE, de mayo de 1989, con una muestra nacional de 2.750 entrevistas, y *Cultura política e consolidação democrática no Brasil*, CEDEC/DATA-FOLHA, con una muestra nacional de 2.077 entrevistados, dirigida por José Alvaro Moisés, cuyos datos se utilizan en este texto, y que a partir de ahora se designará como *Cultura política*. Sobre la relación entre la insatisfacción popular con los políticos y la crisis de representación, véase también A. LAVAREDA, «O financiamento da atividade partidária-eleitoral: atitudes do eleitorado», presentado al Seminario «Ética e Política», Centro João XXII e IBRADES, 25/27-8-89.

supondría tanto la amenaza de la extinción del mercado como la centralización de las decisiones económicas y políticas. Para esta versión, los resultados de las elecciones constituyen un avance. Un segundo intento sugiere que, reforzando una deficiencia de la cultura política del país («el brasileño no vota a partidos, sino a hombres»), los votos habrían sido dados, preferentemente, a personalidades políticas individuales. Más allá de revitalizar esta dimensión tradicional de la política, haciendo hincapié en la personalización de las relaciones de poder, el voto habría consumado la crisis del sistema partidista legado por el régimen de 1964 sin que, entretanto, haya señalado suficientes referencias recíprocas entre los partidos de modo a dar lugar a la emergencia de otro sistema. Para esta versión, los resultados de las elecciones agravaron la crisis político-institucional³.

Estas cuestiones son estratégicas para la consolidación democrática del país. No hay democratización efectiva si la secularización de las estructuras a través de las cuales la política se expresa o si, por el contrario, los arcaísmos de la estructura oligárquico-privatista sobreviven al fin del autoritarismo. Del mismo modo, es virtualmente imposible hablar de democracia si los partidos, como organismos de agregación de intereses y de selección de las élites políticas, omiten o no consiguen articularse en un sistema, con capacidad para interpelar a la ciudadanía y para cumplir su función gubernativa. Pero éstas necesitan ser analizadas sobre todo en el contexto de los cambios que, desde el inicio de la transición política, han ido teniendo lugar en la cultura política de los brasileños. De hecho, como han señalado numerosos análisis, uno de los aspectos más notables de las transformaciones que vienen sucediendo en la sociedad brasileña desde el inicio de los años setenta es el reconocimiento de la democracia como valor general, esto es, como forma de organización política y como modo de convivencia social. Si es cierto que esto no garantiza, por sí solo, la consolidación del régimen democrático pudiendo incluso convivir con formas degenerativas de funcionamiento de las instituciones de representación, parece bastante evidente, entretanto, que, en el marco de las incertidumbres propias de las transiciones, estos cambios pueden representar un poderoso potencial de estabilización y de enraizamiento de la democracia.

Este artículo discute las relaciones entre la participación electoral y los cambios en curso en la cultura política del electorado y sugiere una interpretación alternativa a aquellas mencionadas para los resultados de las

³ Hélio Jaguaribe es uno de los principales defensores de la primera versión explicativa; según H. JAGUARIBE, «Para enfrentar nos anos 90», una serie de tres artículos en la *Folha de São Paulo*, 4, 7 y 11-1-90. En cuanto a la segunda versión, véase J. R. B. SALLUM *et al.*, «Eleições presidenciais e crise do sistema partidário», en *Lua Nova*, núm. 20, CEDEC, Marco Zero, SP, 1990. Aunque con algunas relativizaciones, Eli Diniz se sitúa también entre los defensores de la segunda versión. Véase, en este caso, E. DINIZ, *Eleições presidenciais 89, I, II, III e IV*, Grupo de Conjuntura IUPERJ, Río, 1989 y 1990; también, «Crise política, eleições e dinâmica partidária no Brasil: um balanço histórico», en *DADOS. Revista de Ciências Sociais*, vol. 32, núm. 3, Río, 1989.

elecciones presidenciales. Mi hipótesis es que el rechazo de las supervivencias arcaicas de la tradición política brasileña, que conlleva rasgos visibles de una actitud moralizante de los electores frente a los estilos antirrepublicanos de los políticos, así como ante la gestión considerada insuficiente de las instituciones representativas, constituye una base indispensable para la consolidación de una concepción pública de la vida política del país, es decir, para la emergencia de una cultura política democrática y republicana. Antes que como una señal negativa frente a la política, la indignación moral de los electores debe ser vista como un punto de partida tanto para que los políticos (los representantes populares) sean juzgados según las exigencias públicas más definidas (*accountability*) como para mejorar la calidad de la participación de los propios ciudadanos en el régimen democrático. De este modo, el consenso social mayoritario de repulsa de los estilos arcaicos y privatistas del modo de hacer la política en el país (algo, como se sabe, que cruza de arriba abajo a los distintos segmentos sociales), puede constituirse en la base de una orientación republicana (universalista), cuyo sentido inmediato, en esta fase de la vida política del país, es el refuerzo de los valores democráticos. Más que un comportamiento errático, por lo tanto, los resultados de las elecciones presidenciales revelan la presencia de elementos claros de cálculo racional en el comportamiento de los electores: éstos, al adherirse de un modo cada vez más explícito a valores democráticos básicos, tienden, simultáneamente, a exigir más de los políticos y de la política (algo, por otra parte, que sólo puede hacerse ahora que la transición *strictu sensu* ya ha terminado).

2. *Resultados electorales, bases socioeconómicas del voto y participación política*

1. En 1989, el electorado brasileño se dividió casi por la mitad, en dos grandes bloques. El primero se situó en el lado derecho de un posible *continuum* ideológico, y supuso el 53,01 por 100 de los votos válidos (es decir, de los sesenta y seis millones de votos que resultaron de la suma de la votación que lograron ambos candidatos) de Fernando Collor de Mello, un político joven, relativamente desconocido hasta el año anterior, oriundo de un pequeño estado del Nordeste y cuyos orígenes políticos se remontan al régimen autoritario. El segundo bloque, situado del lado izquierdo del espectro político, logró el 46,90 por 100 de los votos válidos para Luis Inácio Lula da Silva, un *outsider* de la política brasileña que, aunque intentando ingresar en el juego desde los primeros años de la década, todavía era visto en el inicio de la campaña electoral más como un líder sindical formado en la lucha contra la dictadura que como un liderazgo político de expresión nacional.

CUADRO 1

Resultados finales de la segunda vuelta de las elecciones de 1989

	<i>Cifras absolutas</i>		<i>Cifras relativas (%)</i>	
Electorado total	82.074.718		100	
Participación	70.260.701		85,6	
Votos válidos	66.166.362		80,6	
	<i>N.os absolutos</i>	<i>% electorado</i>	<i>% participación</i>	<i>% votos válidos</i>
Collor de Mello	35.089.998	42,7	49,9	53,0
Lula da Silva	31.076.364	37,8	44,2	46,9
Votos blancos	986.446	1,2	1,4	—
Votos nulos	3.107.893	3,7	4,4	—
Abstenciones	11.814.017	14,3	16,8	—

FUENTE: Tribunal Superior Electoral (TSE), 1989.

Collor de Mello venció con los llamados votos *grotos* (véanse los cuadros 4 y 5), es decir, de los municipios pequeños y medios del interior de todo el país y, en especial, de los estados del Norte, Nordeste y Centro-Oeste, áreas que representan al Brasil más atrasado y, al mismo tiempo, donde el proceso de modernización penetra más lentamente y con más dificultad. Pero sería engañoso imaginar que esto significa que él no haya tenido un volumen bastante significativo también de votos en el Brasil moderno. En las regiones del Sur y del Sudeste, es decir, en el centro dinámico de la economía capitalista más modernizada, él compitió intensamente con Lula da Silva, superándolo por muy poco en el Sudeste, pero recibiendo una votación bastante equilibrada (aunque inferior al 50 por 100 de los votos) en muchas capitales, áreas metropolitanas y grandes municipios, incluso en São Paulo, Curitiba, Vitória y Belém.

Por el contrario, Lula da Silva fue el preferido por los electores de las capitales, de las áreas metropolitanas y de los grandes municipios. La tendencia de crecimiento de su voto, en este sentido, es incuestionable: tomada con un todo, se acentúa cuanto mayores son los municipios, medidos por el número de electores. Tuvo un volumen bastante significativo de votos en las modernas regiones del Sur (en donde llegó a ganar) y del Sudeste, en contraste con los que recibió en las regiones más atrasadas, como en el Norte y en el Nordeste. Pero no ganó la elección en todos los *estados más modernos y dinámicos, algo que acabó siendo fatal para los resultados finales*: Collor de Mello lo derrotó también allí, en ocasiones por una pequeña diferencia de votos, y en particular a causa de la preferencia de los electores del interior de varios de estos estados. De este

CUADRO 2

Resultados de la segunda vuelta por regiones y exterior
(Porcentajes sobre el electorado total)

	<i>Sur</i>	<i>Sudeste</i>	<i>Centro-Oeste</i>	<i>Nordeste</i>	<i>Este</i>	<i>Exterior</i>
Electorado en cifras absolutas	13.476.003	37.538.389	5.551.559	21.529.567	3.960.698	18.492
% del electorado regional/electorado total	16,4	45,7	6,7	26,2	4,8	0,2
Collor	40,7	42,8	48,8	41,2	48,4	24,5
Lula	43,6	42,0	27,1	32,7	21,0	30,4
Blancos	1,1	1,0	0,9	1,6	0,9	0,7
Nulos	4,0	4,1	2,7	3,5	1,9	1,0
Abstenciones	10,4	9,8	20,3	20,8	27,5	43,1

FUENTE: TSE.

modo, confirmando una tendencia nacional, Lula tuvo un buen resultado en grandes ciudades como Rio de Janeiro, Belo Horizonte, Recife, Salvador, Bahía, Porto Alegre y Fortaleza, pero, en el cómputo final, en muchos de los estados en donde estas ciudades son capitales, el elector de las ciudades pequeñas y medias confió más en su adversario. Además de esto, punto neurálgico de cualquier análisis, Lula perdió en el estado de São Paulo, el mayor colegio electoral del país (con más de dieciocho millones de electores).

CUADRO 3

El voto en las diez capitales de Estado con mayor electorado del país

	<i>Electorado</i>	<i>Collor (%)</i>	<i>Lula (%)</i>	<i>Blancos (%)</i>	<i>Nulos (%)</i>	<i>Abstenc. (%)</i>
São Paulo	5.990.716	48,9	37,4	0,8	5,5	7,3
Rio de Janeiro	3.736.746	23,8	64,6	0,5	3,0	7,9
Belo Horizonte	1.260.971	26,5	58,6	0,9	5,2	8,5
Salvador	996.532	20,4	60,5	0,9	6,6	11,4
Brasilia	857.330	31,3	52,7	0,6	3,9	11,2
Fortaleza	852.815	31,9	52,0	0,9	3,9	11,1
Porto Alegre	837.498	20,1	66,4	0,7	3,0	7,5
Curitiba	814.891	47,2	37,2	0,7	5,5	9,1
Recife	751.559	28,5	57,1	0,9	3,7	9,6
Belém	571.997	47,5	34,4	0,6	3,1	14,9

FUENTE: TSE.

CUADRO 4

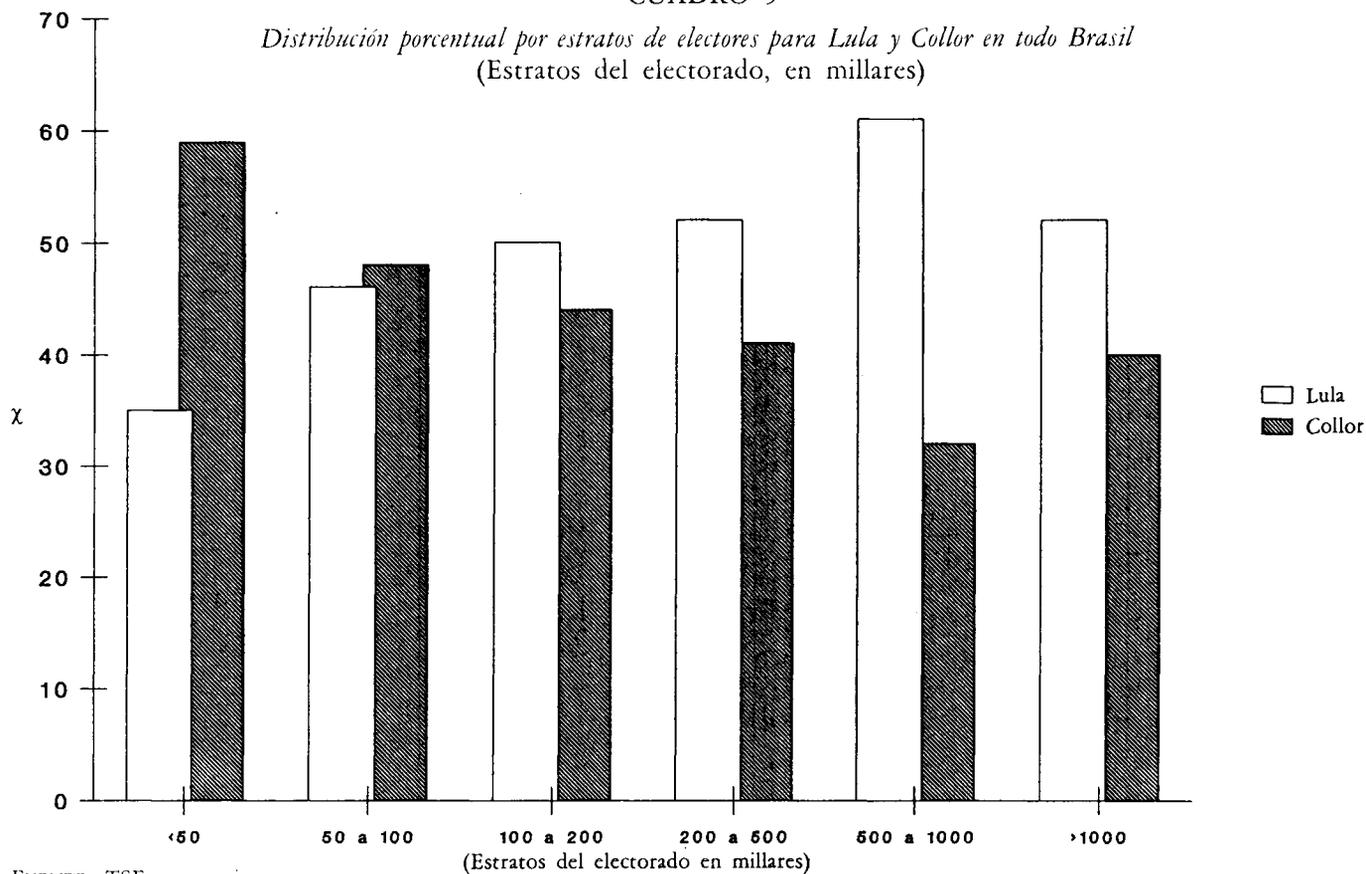
Resultados de la segunda vuelta según tamaño de los municipios por número de electores
(En porcentajes)

<i>Estratos de electores</i>	<i>Collor</i>	<i>Lula</i>	<i>Blancos</i>	<i>Nulos</i>	<i>Abstenc.</i>
Hasta 50.000	58,9	35,2	1,8	3,9	
De 50.000 a 100.000	48,1	45,8	1,3	4,7	
De 100.000 a 200.000	43,9	50,1	1,1	4,7	
De 200.000 a 500.000	41,3	52,8	1,0	4,8	
De 500.000 a 1.000.000	33,0	61,0	0,9	5,0	
Más de 1.000.000	40,9	53,1	0,8	5,0	

FUENTE: TSE.

CUADRO 5

Distribución porcentual por estratos de electores para Lula y Collor en todo Brasil
 (Estratos del electorado, en millares)



FUENTE: TSE.

El análisis de los resultados muestra que sólo con mucha exageración puede hablarse de oposición entre lo moderno y lo atrasado partiendo de la variable ecológica para explicar la preferencia de los electores. Incluso si se admitiese una relación mecánica entre los resultados de las regiones socioeconómicas y los contenidos que se han atribuido a estos mismos resultados, tendríamos que invertir los términos de la ecuación y hablar, para Collor, de una mayor correspondencia con las aspiraciones de los electores de las regiones más atrasadas y, en el caso de Lula, de una sintonía más fina, si no con una mayoría, con grandes contingentes de electores en las regiones más modernas. Pero este tipo de relación causal es limitado. Al fin y al cabo, aunque Collor haya tenido, efectivamente, una ventaja mayor en las regiones más atrasadas y Lula más éxito en las más modernas, el hecho es que ambos penetraron, intensamente, en la supuesta «finca ajena» y, de este modo, se convirtieron, cada cual a su modo, en portavoces tanto del polo moderno como del atrasado, que, además, se entrecruzan en cada región del país.

Si hay algo que los números muestran bastante bien es que *Collor repite el favoritismo que tiene en las regiones más atrasadas del país y en el interior de las regiones más modernas, es decir, las del Sur y del Sudeste, en donde tiene una fuerte mayoría en el interior y en los pequeños centros. Lula, por el contrario, penetrando también en las regiones más atrasadas, como en el Nordeste, tiene más fuerza en sus áreas más modernas, es decir, en sus capitales.* Al mismo tiempo, una excepción a este patrón fue la responsable de la significativa diferencia entre ambos: es en la región del Sudeste, la más numerosa en términos de electores, en donde Collor consiguió no sólo polarizar las regiones más atrasadas, las del interior, sino también las áreas más modernas, como la ciudad de São Paulo. En cierto modo, fue así como consolidó la victoria conquistada en las ciudades menores y, como indican los datos de los cuadros 4 y 5, y aunque Lula da Silva se hubiese mantenido en las grandes metrópolis como São Paulo, Rio de Janeiro, Belo Horizonte y Porto Alegre, la tendencia de crecimiento verificada en el paso de los municipios menores a los mayores en el resto del país, difícilmente le haría ganar las elecciones, sino que se encontraría prácticamente contenido por la votación obtenida por Collor de Mello.

Como los datos electorales disponibles no desagregan informaciones en términos de indicadores socioeconómicos, podemos recurrir a los resultados de las investigaciones de intención de voto de algunos días antes de la segunda vuelta para complementar lo que ya sabemos. La tabla 1 muestra, en base a las variables sociodemográficas, que: 1) Collor obtuvo la preferencia, en primer lugar, de las mujeres, de los de mayor edad (con más de 41 años), de los electores cuyas familias se encuentran incluidas en una franja de renta hasta cinco veces el salario mínimo, y de aquellos cuyo nivel de escolaridad no sobrepasa el primer grado, es decir, los ocho años básicos del sistema educativo brasileño. 2) Lula, por su parte, fue más

TABLA 1
Intención de voto días antes de la segunda vuelta
 (En porcentajes)

Candidatos	Sexo		Edad				Renta familiar			Escolarización			
	Total	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	Hasta		Hasta			
								5SM	10SM	De 5 a 10SM	Más de 10SM	1.º grado	2.º grado
Collor de Mello	46,0	46,0	46,0	46,0	39,0	44,0	53,0	48,0	40,0	39,0	51,0	36,0	32,0
Lula da Silva	45,0	47,0	44,0	44,0	54,0	47,0	36,0	44,0	52,0	54,0	41,0	56,0	54,0
Blancos/nulos	3,0	3,0	3,0	2,0	3,0	4,0	3,0	2,0	5,0	4,0	2,0	4,0	10,0
Indecisos	6,0	4,0	7,0	3,0	4,0	5,0	8,0	6,0	3,0	3,0	6,0	4,0	4,0

FUENTE: *Cultura política*, 12/13-12-1989 (5.250 electores entrevistados).

votado por los hombres, por los más jóvenes (los comprendidos entre los 16 y los 25 años de edad), por los electores cuya renta familiar es superior a cinco salarios mínimos y por aquellos que poseen el segundo grado de escolaridad o que pasaron por la enseñanza superior. ¿Cuál es el significado de estas preferencias?

2. Antes de proseguir, es conveniente situar este conjunto de informaciones en un cuadro más amplio, en el contexto del perfil socio-demográfico de los electores globalmente considerados. Los datos más recientes de los que disponemos son de una investigación del IBGE realizada en 1988. Este revela, en primer lugar, que cerca del 70 por 100 de los electores que votaron en 1989 para presidente de la República, votaron por primera vez en su vida. Del total de los electores inscritos en el momento de la investigación, solamente el 29 por 100 tenía más de 45 años de edad, indicando un fuerte predominio de un electorado relativamente joven; el 76,90 por 100 se concentraba en las áreas urbanas y prácticamente la mitad, en concreto el 50,4 por 100, eran del sexo femenino. Por otro lado, el 67,8 por 100 de los electores pertenecía a la Población Económicamente Activa (PEA) y, de éstos, dos tercios, el 66,7 por 100, trabajaba por cuenta propia, y solamente el 3,8 por 100 se definía como empresarios. La investigación mostró, además, que un *50,6 por 100 tenía una renta familiar de hasta un salario mínimo por mes, y solamente el 25 por 100 sobrepasaba la franja de dos salarios mínimos mensuales*⁴. En cuanto a la escolarización, la investigación reveló que nada menos que el 76,9 por 100 de las personas que poseía el título de elector se clasificaba entre los «sin instrucción» y con «ocho años de instrucción» formal, lo que, sumados, indica que una franja superior a los tres cuartos del electorado estaba constituida por analfabetos y por aquellos que tienen una escolarización correspondiente al primer grado, es decir, a los ocho años iniciales de escolaridad básica del sistema educativo brasileño.

Los datos revelan con crudeza las líneas generales del perfil del electorado que votó en 1989: 1) se trata, en su gran mayoría, de brasileños que forman la base de la pirámide social de una sociedad en donde la renta está extremadamente concentrada y en donde las desigualdades tienen un nivel abismal; 2) los electores se dividen casi por igual entre hombres y mujeres, y el mayor contingente de éstos reside en las metrópolis; 3) una tasa superior a los dos tercios de estos electores integran la PEA y, en su gran mayoría, forman la masa de los asalariados de las empresas privadas, de las empresas públicas y del aparato del Estado; 4) la mayoría de los electores tienen un escaso acceso a una información de calidad, puesto que la mayor

⁴ Conforme IBGE, «Perfil dos eleitores», Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios, 1988. En la época de la investigación, el salario mínimo se medía por el «Piso Nacional de Salários», cuyo valor, en septiembre, era de 18.960 cruzeiros, es decir, casi 60 dólares.

parte de éstos está formada por personas cuya relación con los medios de instrucción formal es limitada. Por esto mismo, su principal fuente de contacto con los cambios económicos, sociales y políticos en curso en el país y en el mundo es, en concreto, aquella vehiculada por los medios de comunicación electrónicos.

El perfil que revelan estos datos es, por lo tanto, el perfil de exclusión social que afecta a millones de brasileños (de hecho, a la mayor parte de la nación), situándolos al margen de los beneficios del desarrollo económico. Esta exclusión corresponde a la faz perversa del largo (e ininterrumpido) proceso de modernización que viene teniendo lugar en el país a lo largo de los últimos treinta años. El proceso viene desde mediados de los años cincuenta, cuando se inició la internacionalización de la economía brasileña, pero sólo ganó impulso, de hecho, bajo la égida de los gobiernos militares, cuyos planes económicos, a comienzos de los setenta, sustentaron buena parte del crecimiento del país a través del endeudamiento externo. Como resultado, durante más de dos décadas, el país aceleró intensamente su proceso de industrialización, de mercantilización y de asalariamiento de la economía. En consecuencia, se intensificó también la diversificación y la complejidad de la estructura social brasileña, con la incorporación masiva de enormes contingentes de población a la fuerza del trabajo. Entre 1940 y 1980, por ejemplo, la participación del sector secundario en el *Producto Interior Líquido* del país saltó desde un 19,4 hasta casi el 35 por 100, mientras que el sector primario cayó del 25,7 hasta el 13 por 100; tomándose como comparación solamente la industria moderna, la fuerza del trabajo empleada en ésta aumentó del 18,1, en 1960, hasta el 58,2 por 100 en 1980.

Son cambios extraordinarios que no podrían dejar de reflejarse en el proceso de urbanización (aunque, como en toda América Latina, dicho proceso tenga orígenes anteriores y causas más complejas). Entre 1960 y 1989, la población brasileña creció cerca del 110 por 100 y más de las tres cuartas partes de este enorme contingente de casi 150 millones de personas se asentó en las ciudades. Pero la contrapartida de esta enorme modernización económica fue una brutal concentración de la renta, la intensa expansión de las periferias pobres en las ciudades grandes y medias y la ampliación de la miseria a escala nacional. Si es indiscutible que este proceso incorporó a la vida moderna a millones de personas, aumentando en términos relativos el contingente de los que pasaron a tener acceso a la escuela, ampliando el nivel de información de la media de las personas a través de una poderosa industria de medios electrónicos y secularizando a escala masiva las relaciones de trabajo, parece claro, al mismo tiempo, que esta incorporación fue hecha a costa de un sensible rebajamiento de los patrones de vida y de bloquear la universalización de los derechos sociales del conjunto de la población⁵.

⁵ Véase W. G. SANTOS, «A pós-revolução brasileira», en H. JAGUARIBE *et al.*, *Brasil, sociedade democrática*, J. Olympio, Río, 1985; también, J. A. MOISÉS, «Notas sobre cidadania

Por otra parte, las crisis de recesión internacionales de comienzos y fines de los años setenta tuvieron intensos efectos sobre la economía brasileña y, junto con el agravamiento de los problemas derivados de la deuda externa, llevaron al país al estancamiento en los años ochenta. La generalización de los efectos económicos y sociales de este proceso (miseria, inflación, desempleo, etc.) coincidió con una fase inicial del proceso de democratización y, en cierto modo, fue esta compleja combinación de factores la que sorprendió al elector brasileño en la primera elección presidencial después de casi tres décadas.

3. Podemos volver, ahora, al análisis de los resultados electorales. Tomando el conjunto de las informaciones sobre el perfil de los electores y el sentido de sus preferencias en la segunda vuelta, vemos que el apoyo fundamental sobre el cual se basó la victoria de Collor de Mello incluyó los votos de amplios sectores sociales, principalmente de aquellos que constituyen los excluidos sociales brasileños, o sea, los miserables, los más pobres, los semianalfabetos que, aunque asalariados en su mayor parte, integran los sectores «no-organizados» de la sociedad civil. Estos sectores se aliaron con algunos sectores de los estratos medios y con las fracciones de los estratos de renta más alta. Por lo tanto, se puede hablar de una alianza táctica entre sectores de las élites (zonas de las burguesías industrial y financiera) con contingentes muy amplios de no-asalariados, de asalariados poco o nada cualificados y con sectores de las clases medias tradicionales, es decir, de la tecnoburocracia privada, pública y de la burocracia militar. Esta alianza se hizo en torno al liderazgo individual de Collor y de los partidos conservadores que lo apoyaron, como el PDS, PFS, PDC, PL y sectores del PMDB. En el otro polo, el apoyo más importante de Lula da Silva provino de la clase obrera más cualificada y de las nuevas clases medias profesionalizadas, aunque sea evidente que obtuvo votos, también, entre los asalariados del sector público y entre algunos segmentos de las franjas de renta más alta. Estos sectores forman un conjunto de fuerzas sociales modernas y representan la cara más organizada de la sociedad civil. Formaron una alianza política explícita entre partidos reformistas y de izquierda, como el PT, el PDT, el PSB, el PCB, el PC do B y sectores del PSDB y del PMDB.

En los límites del objetivo de este artículo, podemos solamente especular, partiendo de los datos disponibles, sobre algunos aspectos del significado más profundo de los resultados electorales. ¿Cómo explicar que Collor de Mello, aunque tuviese el apoyo preferencial de los electores del interior —en donde consolidó su victoria— y de las áreas más atrasadas del país, haya asumido, en la fase final de la contienda, el liderazgo de

c participação na Constituição de 1988», presentado en el I Coloquio Brasil/URSS, Academia de Ciências de la URSS, 1989.

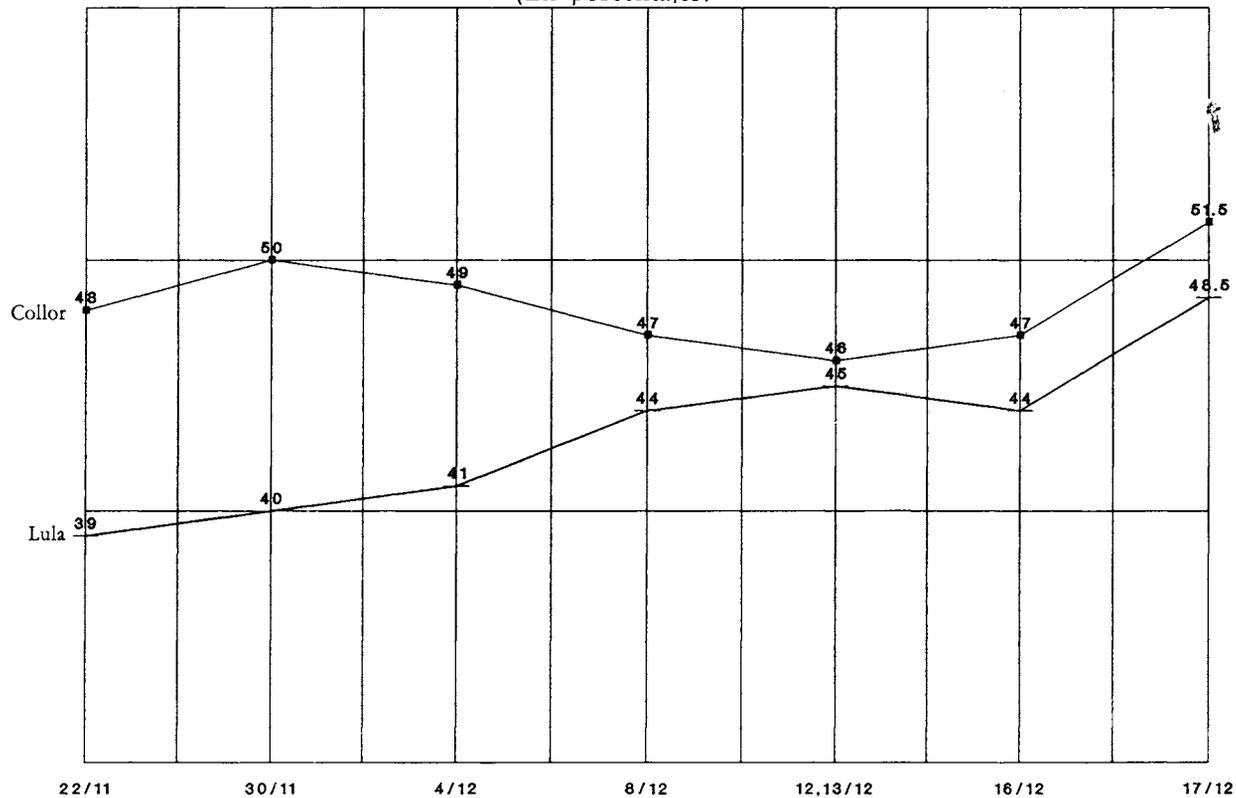
las preferencias incluso en centros urbanos modernos, como São Paulo, en donde, según indica la evolución de los resultados, la tendencia favorecía a Lula da Silva?

A primera vista, tenemos una constatación meramente de naturaleza negativa, es decir, los datos disponibles permiten sugerir que las explicaciones de tipo ecológico, relativo al grado de modernización del país, aunque útiles para explicar buena parte de los resultados (cerca del 50 por 100 del electorado está situado en ciudades de hasta cincuenta mil electores), son insuficientes para determinar la causa de la inversión que se ha dado en la tendencia de las preferencias de los municipios de más de un millón de electores: o sea que, aunque la tendencia indique un aumento de la preferencia de los electores por Lula en la medida en que pasamos desde los municipios menores a los mayores, el hecho es que ésta declinó, o incluso se invirtió, cuando se examinan los datos de los grandes centros. De este modo, podemos especular al menos sobre otras dos posibilidades:

1) La primera se refiere a la posibilidad de explicar la ventaja del candidato Collor de Mello en los centros más modernos en función de factores de orden organizativo; en concreto, de la intervención de recursos que traduzcan la fuerza relativa de cada candidato en estas áreas a partir del grado de organización que revela su base social preferencial. Estos recursos, como sabemos, son siempre relativos al papel desempeñado por los partidos políticos a que pertenecen o a la coalición de fuerzas que apoyan a cada candidato. Admitiendo que esta variable desempeñe algún papel, ella también explica adecuadamente la inversión de la tendencia señalada anteriormente. Aunque sea un hecho que Collor de Mello contó con una *empresa político-electoral* para movilizar a la masa desorganizada de «descamisados» y de «pies-descalzos» que lo apoyó, sabemos que, precisamente, en algunos de los más importantes centros urbanos del Sudeste, estos recursos tuvieron que enfrentarse al peso y a la importancia de la fuerte y persistente organización de un partido que viene conociendo un franco crecimiento, el PT de Lula da Silva, cuyas raíces se localizan en ciudades como São Paulo, Porto Alegre, Vitória, Rio de Janeiro y el importante cinturón industrial de la región del ABC, en torno a la capital «paulistana». La presencia de una militancia aguerrida, conocida por su activismo y por su combatividad, asociada a una intensa articulación del movimiento sindical y de otros movimientos sociales vinculados al PT en esta región, debe haber ofrecido, si no mayores condiciones para el éxito de Lula, sí condiciones para la contienda frente a la superioridad de recursos materiales que se daba en favor de la candidatura de Collor de Mello (por ejemplo, un poderoso esquema de vehiculación en los medios de comunicación electrónicos). De hecho, el empate técnico (45 a 46 por 100 de las preferencias), que se dio cinco días antes de la elección, puede indi-

CUADRO 6

Evolución de la preferencia por los candidatos en la segunda vuelta
(En porcentajes)



FUENTE: Instituto DATA-FOLHA.

car que el equilibrio relativo entre los dos finalistas se debió a la intervención de factores de esta naturaleza; pero, por esto mismo, no explica la ventaja que Collor de Mello tuvo en la región en donde su adversario parecía que estaba más organizado. Por lo tanto, lo más probable es que otro factor, teniendo neutralizada la capacidad de intervención del grado de modernización de los grandes centros urbanos, así como la de las variables de tipo puramente organizativo, acabó por determinar el rumbo de las preferencias finales.

2) La segunda posibilidad explicativa se refiere al papel desempeñado por las variables específicamente políticas, en concreto por aquellas que, operando en el terreno de las significaciones particulares que estas elecciones adquirieron para la mayoría de los electores, acabaron ganando un grado de independencia relativa en relación con otras variables que, aparentemente, fueron suficientes para determinar la orientación final del conjunto de electores que decidieron la contienda en favor de Collor de Mello. En el estadio actual de conocimiento, lo máximo que podemos hacer es especular sobre algunas hipótesis preliminares que, posteriormente, podrán ser comprobadas o no por el desarrollo de la investigación. La primera de estas hipótesis debe referirse al significado adquirido por la candidatura de Collor de Mello: desde su lanzamiento esta candidatura asumió una fuerte connotación de oposición, centrando la construcción de su imagen en la crítica a los desmanes del gobierno de Sarney y, al mismo tiempo, en la reiteración por los políticos que apoyaron a este gobierno de viejas prácticas antirrepublicanas (corrupción, favoritismo, privilegios, etc.), presentados como responsables de la incompetencia y de la ineficacia del Estado. Una poderosa campaña de *marketing* político, dirigida por la *empresa político-electoral* mencionada antes, utilizó la imagen de «cazador de marajás» que Collor construyó desde el período en que fue gobernador de Alagoas, como categoría síntesis, asociada a la enorme insatisfacción popular y a la indignación moral de todos los segmentos del electorado en lo que concierne a la gestión de los políticos, particularmente de aquellos identificados con la Nueva República. Lula da Silva también se presentó como oposición a la Nueva República y a las fuerzas que apoyaron el desenlace conservador de la transición política, habiendo hecho gran énfasis en el carácter de continuidad del régimen anterior y, al mismo tiempo, en la naturaleza de clase de las disposiciones que habían impedido que el proceso de democratización avanzase del terreno político-institucional al plano de las cuestiones económicas y sociales. Pero no supo o no quiso explorar la importante relación entre la corrupción y el desgobierno que, aparentemente, está tan asociada para los sectores de renta más baja con los problemas del país, dejando que el opositorismo de Collor de Mello penetrase más a fondo en la base de la pirámide social brasileña y adquiriese, en las condiciones que rodearon la enorme impopularidad del gobierno de

Sarney, un carácter paraplebiscitario, eficiente para realimentar la tradición de voto de protesta heredada del período de *resistencia* contra el autoritarismo.

En segundo lugar, Collor vinculó su oposicionismo a la crítica de la desorganización del Estado, en particular a los desmanes provenientes del tamaño de la máquina administrativa; mientras que su adversario se presentaba como un defensor del papel del Estado en la economía criticando, correctamente, los procesos de «privatización» de las decisiones gubernamentales. Collor se concentró en proponer un riguroso programa de desestatalización que, en su retórica, debería servir para atacar también a los privilegios de los que se benefician de la vida pública para defender intereses personales o de grupos particulares. Procurando proyectar la imagen de aquel que ofrece la opción más moderna para la necesaria reforma del Estado, Collor asumió deliberadamente una posición desestatalizadora, dejando a su adversario la difícil tarea de defender una alternativa frecuentemente asociada con la posición más atrasada, es decir, la defensa del estatismo. Aunque la posición de Lula incluye, como un elemento central de su propuesta, la introducción de mecanismos democráticos y modernos de control del Estado y de las empresas estatales, éste acabó siendo más identificado, entretanto, como un candidato que, en las condiciones de enorme crisis fiscal y de visible ineficacia de la maquinaria del Estado, defendía, si no su crecimiento, sí el mantenimiento de su tamaño actual. Sorprendentemente, ni Lula da Silva ni el conjunto de la coalición de fuerzas de izquierda y de centro-izquierda que lo apoyaron supieron presentar alguna alternativa efectiva para las demandas relativas a la reforma del Estado que, con mayor o menor claridad, estaban presentes en la sociedad.

Por último, cabe hacer referencia al aspecto que parece haber sido definitivo para alterar el equilibrio que existió entre los dos candidatos algunos días antes de la elección. Collor de Mello jugó muy fuerte para situar a Lula da Silva como candidato *anti-establishment*, cuya amenaza, real o virtual, a los privilegios de los grupos dominantes (e incluso de la clase media) fue utilizada para cimentar una alianza de estos sectores sociales estratégicos y de los que todavía no se habían decidido por ninguno de los dos por la candidatura del primero. Una poderosa campaña de opinión pública, desarrollada en las últimas semanas del proceso electoral a través de los programas gratuitos de televisión, presentó a Lula da Silva, si no como un defensor del estatismo, sí como una amenaza al derecho de propiedad y a las costumbres morales y culturales de la familia brasileña. Como era de esperar, la crisis del socialismo en los países del Este de Europa, en especial las demandas de libertades democráticas, simbolizada tan expresivamente por la caída del *muro de Berlín*, fue ampliamente utilizada para designar los problemas asociados con el régimen económico, social y político que, supuestamente, aguardaba a la sociedad brasileña en

el caso de una victoria de Lula. Lo sorprendente, en las condiciones de intensa disputa política, ideológica y electoral del momento, no fue, propiamente, que Collor y sus aliados utilizaran este pretexto: la verdadera sorpresa provino de la capacidad de reacción del candidato que representaba la alianza de izquierda y de centro-izquierda. La respuesta del candidato del Frente Brasil Popular fue tímida, por decir lo mínimo, y jamás se enfrentó en serio con los problemas reales planteados por la crisis del socialismo en el Este europeo y por la ofensiva neoliberal relativa a la ineficacia de la opción estatalizante. Dejando de lado, por ahora, los problemas teóricos y prácticos con los que efectivamente se enfrentó el pensamiento socialista a partir de aquella crisis, el hecho es que, aunque mantenga desde su origen una perspectiva crítica en relación a la vía tradicional (estalinista) de construcción del socialismo, defendiendo explícitamente la necesidad de articulación de los principios democráticos con las justas demandas de igualdad social, en el momento más decisivo de la campaña electoral de 1989 el PT se intimidó y Lula acabó siendo tomado, por una parte de la opinión pública, por un defensor de la vía autoritaria y centralista de construcción del socialismo en Brasil. Es bastante probable que la dificultad del Frente Brasil Popular en responder a la ofensiva de Collor se deba, por una parte, a las oscilaciones del propio PT al definir la naturaleza de su proyecto socialista (algo que no es posible tratar apropiadamente aquí) y, por otra parte, a la composición de la alianza que apoyó a su candidatura, formada, entre otros, por el Partido Comunista do Brasil, cuyas posiciones en torno a los cambios en curso en el Este son, para decirlo suavemente, anacrónicas. En cualquier caso, esta tibieza al responder a una cuestión tan central para su propia identidad fue fatal para Lula, permitiendo, entonces, que Collor se presentara como la alternativa con mayor grado de confianza para el *establishment*, cuya inclinación, en las dos últimas semanas de campaña, ayudó mucho a que el equilibrio relativo anterior se alterase a su favor. Todo indica, por lo tanto, que es en el terreno propiamente político en donde la victoria de Collor de Mello tiene que ser explicada, aunque, como vimos, la importancia de factores que conciernen al grado de modernización de la sociedad y/o a la presencia de recursos organizativos hayan desempeñado, también, un papel relevante.

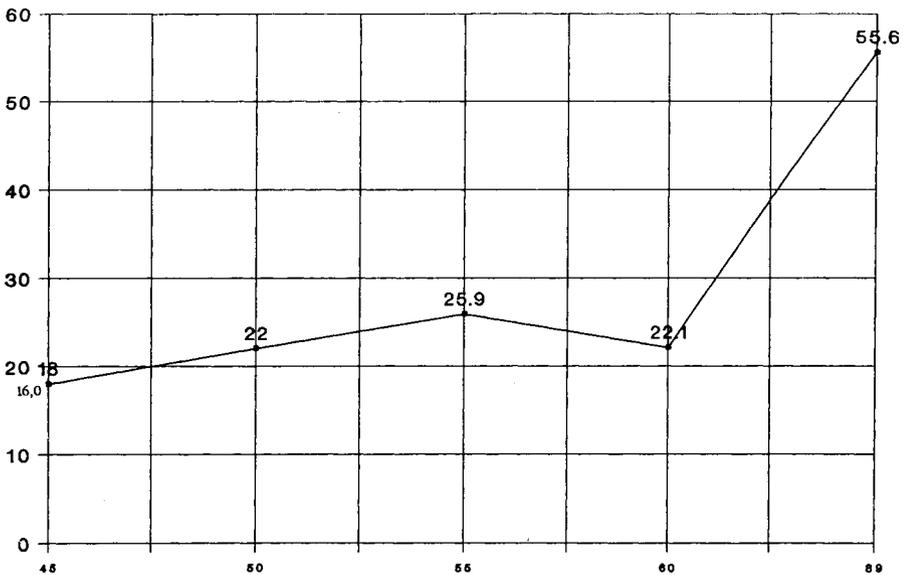
Los resultados analizados en la sección anterior sólo adquieren toda su importancia cuando consideramos la movilización que las elecciones presidenciales provocaron en la sociedad brasileña, junto con los rasgos de la nueva cultura política que se está formando en el país con el avance del proceso de democratización. De hecho, tanto la participación electoral, medida por las tasas de participación y del uso efectivo que el elector hace del acto de votar, como la consolidación de valores básicos en relación con la vida política son, en conjunto, indicadores bastante importantes de la adhesión que los ciudadanos expresan al nuevo régimen democrático vigente en el país.

En la mayor parte de los regímenes democráticos el acto de votar no sólo es el más importante, sino el único que, de hecho, supone una participación con algún significado. Este significado está asociado, de manera general, a la influencia que el voto popular tiene para la formación de los gobiernos y, en consecuencia, las presiones en el sentido del cambio de las políticas económicas y sociales. En Brasil, a pesar de que el voto de protesta fue usado desde mediados de los años setenta, su eficacia no era sino indirecta en la determinación de la orientación de los gobiernos. A partir de la Constitución de 1988, sin embargo, con el restablecimiento de las elecciones directas para la selección de la más alta función de la jerarquía del sistema político, la participación se convirtió en un factor estratégico del proceso político.

En 1989, por primera vez en toda la historia republicana brasileña, la relación entre el electorado y el conjunto de la población sobrepasó la tasa histórica del 26 por 100, la más elevada del período de la llamada *democracia de masas* entre 1945 y 1964. En las elecciones del año pasado, estaban capacitados para votar cerca de 82 millones de electores de un

CUADRO 7

Fluctuación de la tasa de participación potencial en las elecciones presidenciales brasileñas (1945-1989)



FUENTES: TSE para los datos electorales e IBGE para los datos en los que se basa el cálculo de la relación entre electores y población total.

total de un poco más de 147 millones de brasileños, es decir, una tasa de participación potencial del orden del 55,6 por 100 de la población total.

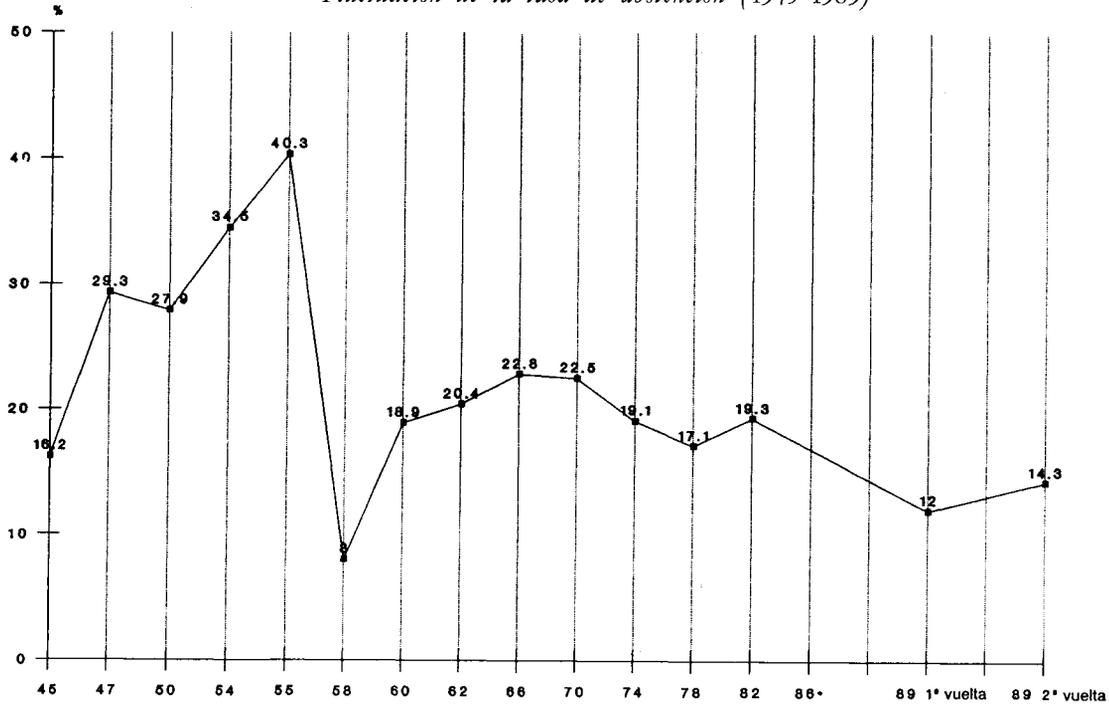
Se trata de un contingente formidable de electores para un país que, a lo largo de los cien años de historia republicana, dejó al margen del sufragio por lo menos a un tercio de su población adulta a causa de sus elevados índices de analfabetismo⁶. A partir de 1985, no obstante, los analfabetos pudieron incorporarse a la ciudadanía y, por determinación de la nueva Constitución, también los jóvenes entre los 16 y los 17 años tuvieron el derecho de voto facultativo (aunque, como en el caso de los analfabetos, no el derecho de ser elegidos). Este acrecentamiento se suma a la ampliación de la población adulta en el período; de este modo, en relación a 1960, año de las últimas elecciones presidenciales directas, el electorado actual *creció cinco veces y media*. Desde el punto de vista formal, por lo tanto, hubo una enorme ampliación de la ciudadanía, aunque, como sabemos, en sociedades marcadas por desigualdades económicas y sociales tan grandes como las conocidas en el Brasil, esto puede relativizarse bastante, puesto que la exclusión económica y social se extiende fácilmente en el terreno donde se definen las condiciones de acceso a la participación. El cambio de esta situación comienza, entre otras cosas, porque la participación política potencial se convierte en efectiva, cuando, entonces, su peso puede hacerse sentir intensamente en los resultados finales de la contienda electoral y, de esta forma, influir en la definición de las políticas públicas.

La relación entre el número de electores y el tamaño de la población total proporciona la tasa potencial de participación. Entretanto, indicadores más precisos que éstos son aquellos que se refieren a las tasas de abstención y a los votos blancos y nulos. El cuadro 8 muestra que el comportamiento de los electores brasileños en elecciones generales (presidenciales y parlamentarias), entre 1945 y 1989, puede clasificarse en tres períodos con el fin de analizar las tasas de abstención: 1) el primero va de 1945 a 1955 y revela que las tasas de abstención fluctuaron de 16,8 en 1945 a 40,3 por 100 en 1955; 2) el segundo período va de 1958 a 1982, cuando las tasas fluctuaron del 8 por 100 en el primer año al 19,3 por 100 de abstención en la última fecha; 3) el tercer período, aunque representado exclusivamente por los datos de 1989, es bastante significativo porque, admitiéndose que la tendencia se mantenga en las próximas elecciones, la media de abstención es de cerca del 12 al 13 por 100 del electorado, un índice bas-

⁶ Los índices de analfabetismo en Brasil han variado mucho, de acuerdo con la mayor o menor capacidad de respuesta del Estado a las presiones para el acceso popular al sistema educativo: ya fue superior al 50 por 100 del total de la población, pero desde la postguerra de la Segunda Guerra Mundial está declinando y, en las últimas décadas, parece haberse estabilizado en sus índices actuales, en torno al 20 por 100. María Dalva Kinzo, por su parte, sugiere que, a lo largo de la historia republicana, por lo menos un tercio de la población permaneció al margen del sufragio por ser analfabeta. Véase M. D. KINZO, *Oposição e autoritarismo*, IDESP/Vértice, SP, 1988.

CUADRO 8

Fluctuación de la tasa de abstención (1945-1989)



FUENTES: Adaptado de A. FIGUEIREDO, «O voto obrigatorio», en B. LAMOURNIER *et al.*, *Cen anos de eleições presidenciais*, IDSP, núm. 36, São Paulo, 1990, p. 42. Los datos para 1986 y 1989 son de TSE. Los años de elecciones presidenciales son los siguientes: 1945, 1950, 1960 y 1989. El TSE proporciona los datos oficiales de abstención de 1986..

tante razonable considerados los patrones de otros países de régimen democrático⁷. Entretanto, incluso admitiéndose que esta tendencia no prevalezca en el futuro, para el caso de las elecciones de 1989, la caída de la tasa de abstención, en relación a los años anteriores, confirma la fuerte tendencia a la participación antes señalada. En el caso de Brasil, entretanto, más importante que las tasas de abstención son los índices de votos blancos y nulos, dado que, como se sabe, el voto es obligatorio. Cuando analizamos los índices relativos a estos votos para algunas elecciones realizadas después de la implantación del régimen de 1964, dos cosas saltan a la vista: *a)* en primer lugar, se nota un crecimiento de estos índices en elecciones que fueron consideradas, correctamente, por los electores como incapaces de producir efectos sobre el sistema político vigente en la época; y *b)* en segundo lugar, se observa que estos índices van cayendo desde 1974, cuando por primera vez el elector usó el voto como instrumento de protesta. Una excepción visible es la elección de 1986 para la Cámara de los Diputados y el Senado Federal, cuando aparentemente el índice de votos en blanco y nulos sobrepasó el 40 por 100, aunque, como el Tribunal Electoral no ha concluido hasta el momento la totalización de los resultados globales, es difícil especular sobre las causas de este acontecimiento. En cualquier caso, llama la atención que, a diferencia de lo que piensan algunos analistas, los índices de votos blancos y nulos revelan, en general, una tendencia a la caída en las elecciones de 1988 y de 1989, mostrando que, a pesar de la frustración provocada por el gobierno Sarney y por el comportamiento de los políticos, los electores no infravaloraron su comportamiento electoral. El pequeño incremento de las abstenciones que se ha dado entre la primera y la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, en particular en los estados de las regiones del Norte y del Nordeste, ha de estar relacionado, como observó Figueiredo, con un sentimiento de los electores de estas áreas de que la victoria del candidato de su preferencia (en este caso, Collor) ya estaba garantizada; pero, en cualquier caso, el incremento no es tan grande como para alterar la tendencia participatoria señalada antes.

Podemos valorar la participación electoral porque tiene una dimensión objetiva, una vez que produce resultados en lo que se refiere a la función de seleccionar gobiernos. En el caso brasileño, entretanto, puede especularse sobre si ésta ha estado influida tanto por la tendencia plebiscitaria como por el hecho de que las elecciones de 1989 conllevaran una posibilidad efectiva de alternancia en el poder (como lo demuestra el alto grado de competitividad registrado en la segunda vuelta). Por esto, se hace interesante verificar también la dimensión objetiva de este fenómeno, es decir,

⁷ En los Estados Unidos, como se sabe, la participación electoral se ha estabilizado en torno al 50 por 100 de la población, siendo un poco inferior a la de algunos países europeos.

TABLA 3

Propensión a participar en las elecciones
(Electores, en porcentajes)

	SP/82	ABC/83	SP/86	SP/87	SP/88	BR/89 (sept)	BR/89 (dic)	BR/90
Votaría	69	64	70	63	58	59	61	69
No votaría	32	33	30	35	42	38	36	28
Depende/NS/NC	3	3	—	2	—	3	2	2
Número de entrevistados	513	1.016	2.293	2.256	2.337	2.077	1.870	2.148

FUENTES: M. F. FIGUEIREDO: «O voto obrigatório», en LAMOUNIER, *Cem anos de eleições presidenciais*, IDESP, 1990, para los datos de São Paulo y de la región del ABC (Santo André, São Bernardo y São Caetano), entre 1982 y 1988; *Cultura política*, para los datos de Brasil, entre 1989 y 1990.

TABLA 4
Actitudes ante la democracia

	SONDEO SEPTIEMBRE 1989													
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			RENTA*				TOTAL
	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	1	2	3	4	
Prefiere la democracia	48,4	37,2	35,0	41,9	42,2	45,8	37,3	50,8	61,3	35,2	45,6	54,2	30,4	42,8
Prefiere la dictadura	22,2	15,0	19,4	18,7	19,3	17,4	15,8	24,5	25,3	14,0	20,9	22,6	15,4	18,6
Da igual el régimen político	17,3	26,1	39,8	27,4	21,9	13,6	24,2	19,7	9,7	25,8	21,6	16,7	23,3	21,7
OR	2,7	1,3	—	1,6	1,2	3,7	1,7	2,5	3,2	1,3	1,3	3,2	2,5	2,0
NS/NC	9,4	20,3	5,7	10,4	15,4	19,5	21,0	2,8	0,5	23,5	10,6	3,4	28,4	14,9

* Las clases de renta son, para septiembre, 1: hasta 2 salarios mínimos de renta familiar; 2: de 2 a 5 salarios mínimos; 3: más de 5 salarios mínimos, y 4: no contestó.

TABLA 4 (Continuación)
Actitudes ante la democracia

	SONDEO OCTUBRE 1989													
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			RENTA*				TOTAL
	M	F	16-18	19-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	1	2	3	4	
Prefiere la democracia	57,6	49,8	52,3	51,8	55,7	53,2	46,9	67,1	75,0	50,6	58,5	68,6	40,6	53,7
Prefiere la dictadura	15,7	13,4	19,2	18,6	13,1	12,4	13,1	17,5	19,7	13,2	18,8	17,2	10,7	14,6
Da igual el régimen político	14,8	17,5	25,0	20,4	14,4	13,6	18,7	12,1	4,7	17,5	15,3	11,0	18,3	16,2
OR	1,6	1,4	—	0,9	2,1	1,5	1,6	1,4	0,5	1,5	1,6	1,2	1,6	1,5
NS/NC	10,3	17,9	3,5	8,4	14,7	19,3	19,7	1,8	—	17,1	5,6	2,0	28,8	14,0

* Las clases de renta son, para octubre, 1: hasta 2 salarios mínimos, renta familiar; 2: de 2 a 5 salarios mínimos; 3: más de 5 salarios mínimos, y 4: no contestó.

FUENTE: *Cultura política*.

TABLA 5

Sentimiento de eficacia en la política

	SONDEO SEPTIEMBRE 1989									
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			
	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	TOTAL
Influye	33,8	27,4	31,5	29,3	30,6	31,3	27,8	32,5	43,3	30,6
No influye	54,9	60,2	59,2	61,2	57,0	55,0	59,9	56,0	45,9	57,5
No cree	6,8	3,9	5,4	5,8	5,5	5,0	4,3	7,1	9,0	5,4
OR	0,2	0,7	—	0,3	0,7	0,2	0,4	0,6	0,4	0,4
NS/NC	4,4	7,8	3,8	3,6	6,2	8,4	7,6	3,8	1,4	6,1

TABLA 5 (Continuación)

Sentimiento de eficacia en la política

	SONDEO OCTUBRE 1989									
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			
	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	TOTAL
Influye	47,3	44,9	43,0	47,9	46,7	44,6	44,4	49,6	52,3	45,1
No influye	39,0	36,8	34,3	36,8	39,1	38,0	39,3	34,9	34,2	37,9
No cree	8,3	9,4	14,3	9,8	8,8	7,4	7,7	11,8	11,1	8,9
OR	1,5	1,4	1,9	1,2	0,9	2,2	1,4	1,8	1,4	1,4
NS/NC	3,8	7,5	7,6	4,3	4,5	7,9	7,3	1,9	1,0	5,6

FUENTE: *Cultura política* (El sondeo de diciembre fue realizado dentro del convenio CEDEC/DATA/DEP. CIENCIA POLITICA/USP, a partir de ahora denominado como *Cultura política*).

dijeron que no votarían en septiembre de 1989, cambió de opinión y, en diciembre, se incorporó a los casi dos tercios de los que dijeron que votarían. En marzo de 1990, entretanto, este contingente ya había alcanzado casi el 70 por 100. Incluso para una situación hipotética, ya que la retirada de la obligación legal de votar no está en vigor en Brasil, es una tasa bastante razonable para un país de tradición democrática frágil. Podría argumentarse, sin embargo, que el crecimiento del índice de propensión a la participación da lugar a que, durante el período electoral, los estímulos a esta práctica política sean más robustos. En el interín, los índices verificados mantienen una tendencia que ha sido detectada fuera de los períodos electorales por otras investigaciones⁸.

Pero las informaciones sobre la tendencia a la participación electoral sólo se completan frente a la posición de los electores en relación al régimen democrático; como podemos ver en la tabla 4, muestran una progresiva adhesión a la democracia en contraposición a la aceptación de la dictadura o a una posición de indiferencia. La tendencia ya había sido verificada en otras investigaciones, pero en la muestra sobre *Cultura política y consolidación democrática* se ve reforzada por la adhesión de los entrevistados también a otros valores básicos, como la tolerancia al derecho de las minorías⁹. De hecho, la proporción de los que prefieren la democracia, al ser colocados frente a las alternativas de la dictadura o de la indiferencia en relación al régimen político, crece significativamente de un 42,8 por 100 en septiembre hasta un 53,7 en diciembre (llegando al 54,7 por 100 en el sondeo de opinión de marzo de 1990, cuyos resultados no son tratados en este texto). Es una señal visible de la aceptación del naciente régimen democrático brasileño a pesar de la enorme inversión de expectativas provocadas por la gestión de la Nueva República.

De forma general, los datos revelan que: 1) los hombres, *grosso modo*, tienen una inclinación más fuerte que las mujeres por la democracia; 2) los más jóvenes (16 a 17 años de edad) son inicialmente más indiferentes en cuanto a la naturaleza del régimen político, aunque entre septiembre y diciembre se han ido posicionando a favor de la democracia, debiéndose este crecimiento principalmente al cambio de posición de los que antes eran indiferentes; 3) los electores con más bajo nivel de escolarización, es decir, los de primer grado, son los que menos se adhieren a la democracia

⁸ Otras investigaciones del Instituto DATA-FOLHA y del IDESP realizadas fuera de los períodos electorales muestran que cerca de dos tercios de los electores —poco más o menos— mantiene la disposición a participar en las elecciones, aunque el voto no fuese obligatorio.

⁹ Las investigaciones realizadas por el Instituto DATA-FOLHA desde el comienzo de la transición ya mostraban estos resultados. En la investigación *Cultura política y consolidación democrática en Brasil*, CEDEC/DATA-FOLHA, tanto el rechazo a la vuelta de los militares al poder como el respeto al derecho de las minorías y a la ilegitimidad de la competencia del Ejecutivo para intervenir en el Legislativo, en la empresa, en los sindicatos y en los partidos son las alternativas preferidas por los entrevistados.

y, también, los más indiferentes en cuanto al régimen político y los que más «no responden» o «no saben» hacerlo; 4) finalmente, la adhesión a la democracia, cuando es controlada por la variable renta, revela una cosa interesante: en el sondeo de septiembre, los más pobres son los que menos valoran el régimen democrático, los más indiferentes y los que «no saben» o «no responden» a la cuestión; sin embargo, en el sondeo de diciembre, es decir, después del impacto de la campaña electoral, también la proporción de los más pobres sobrepasa el 50 por 100 de los que prefieren la democracia, disminuyendo sensiblemente el número de los indiferentes o de los que «no saben» o «no responden» a la pregunta, lo que sugiere que acción e información políticas (en este caso, funciones de la campaña electoral) son esenciales para cualificar las opciones de los ciudadanos.

Los datos de la tabla 5 se refieren al sentimiento de eficacia política de los electores. Este indicador tiene poca importancia cuando las tasas de apatía, es decir, aquellas que revelan el interés efectivo del lector por la política, medido por los índices de su abstención electoral y de votos blancos y nulos, son muy altas. No es el caso de Brasil, como sabemos. Por esto, la verificación del sentimiento de eficacia se vuelve importante, porque muestra en qué medida los ciudadanos vinculan su participación con el sentimiento de capacidad de cambiar las cosas. La tabla 5 muestra que, a pesar de preferir la democracia, los electores brasileños, en su mayoría, *no se sienten eficaces en política*. Más de la mitad de la muestra, de hecho, piensa así, aunque entre un sondeo y otro, el salto a favor del sentimiento de más influencia sea de cerca del 50 por 100; en concreto, en septiembre apenas el 30,6 por 100 creía *influir en la política*, mientras que, en diciembre, este índice alcanzó el 46,1 por 100, confirmando la influencia sobre los electores de la campaña electoral, volviéndolos no sólo más participativos, como de hecho sucedió, sino también subjetivamente más convencidos de que su acción podría ser más eficaz.

Las tablas 6 y 7 complementan las informaciones sobre las orientaciones políticas de los electores en el estadio actual de formación de una cultura política democrática. La tabla 6 se refiere a la confianza en los políticos; sus resultados son devastadores. Tanto en el conjunto como en los distintos segmentos de la muestra, la principal convicción es la de que los políticos, en vez de «defender los intereses de sus electores», se dedican en primer lugar «a enriquecerse a costa del dinero público» y, al mismo tiempo, «a mejorar la vida de sus amigos y parientes». En ese caso, no parece haber medios términos; el sentimiento básico de la masa de los electores sobre la naturaleza de la actividad política del país es el de que ésta tiene un nítido sentido privatista. La noción republicana, que distingue entre intereses públicos e intereses privados, no parece tener lugar aquí, indicando que, posiblemente, en el cuadro de desigualdades y de carencias que caracteriza la idea que el elector tiene de la gestión de los políticos —identificándola con la dedicación a los intereses privados— es rechazada

TABLA 6

Valoración de la gestión de los políticos
(En porcentajes)

	SONDEO SEPTIEMBRE 1989													
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			RENTA				TOTAL
	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	1	2	3	4	
Mejorar la vida de amigos y parientes	30,6	29,5	18,2	29,9	31,6	30,7	30,0	29,9	30,0	32,1	27,6	33,7	22,3	30,1
Enriquecerse a costa del dinero público	44,4	45,1	65,6	49,8	43,6	38,2	42,7	49,0	49,1	41,3	47,9	47,0	40,9	44,8
Defender los intereses de los electores	8,9	9,6	11,5	8,3	7,6	11,1	12,1	3,1	2,1	11,9	9,2	4,2	13,3	9,1
OR	12,5	9,6	2,2	9,2	13,1	11,7	8,3	16,5	18,0	7,1	13,2	14,2	9,4	11,0
NS/NC	4,0	6,1	2,5	2,8	4,1	8,3	6,9	1,4	0,7	7,5	2,1	0,9	14,1	5,1

FUENTE: Investigación *Cultura política*.

TABLA 7

Confianza en las instituciones políticas
(En porcentajes)

<i>Categorías</i>	<i>Tribunales de Justicia</i>		<i>Presidencia y Ministerios</i>		<i>Congreso Nacional</i>	
	<i>Sept./89</i>	<i>Dic./89</i>	<i>Sept./89</i>	<i>Dic./89</i>	<i>Sept./89</i>	<i>Dic./89</i>
Confía	39,6	57,1	26,8	41,4	23,1	38,6
No confía	42,9	24,0	59,2	41,5	57,4	38,4
Un poco	13,2	10,7	10,3	10,8	14,4	15,3
NS/NC	4,3	8,3	3,6	6,2	5,1	7,6

FUENTE: *Cultura política*.

drásticamente. Aunque la experiencia brasileña reciente conleve, como sabemos, la clara indignación moral de los electores, tenemos que considerar, al tiempo, que los índices de rechazo a los políticos que se encuentran en Brasil no son muy superiores a los que se hallan en países como España (un 71 por 100 en 1987), Inglaterra (40 por 100 en 1970) y los Estados Unidos (54 por 100 en 1964). Esto puede indicar dos cosas: *a*) en primer lugar, que, a pesar de la adhesión a la democracia, las personas corrientes raramente ven con buenos ojos la acción de los «políticos profesionales»; y *b*) en segundo lugar, que la valoración de la actividad de los políticos, en cuanto actividad-medio, es algo que depende de la variable temporal, es decir, de que el tiempo establezca la tradición que, de alguna forma, reconoce el papel de los políticos en la sociedad. Esto puede explicar, al menos en parte, por qué los políticos son juzgados tan severamente en las experiencias recientes de democratización, en particular, como parece ser el caso de Brasil, cuando su gestión poco hace para alterar la situación que provoca su imagen negativa.

La tabla 7 dirige nuestra atención a otro aspecto crucial para el proceso de consolidación democrática: la gestión de las instituciones democráticas —como la de los políticos— es vista también de una forma bastante crítica, aunque entre los sondeos de septiembre y de diciembre crece la confianza de los electores particularmente en el Poder Judicial. Es como si el sentimiento de exclusión social de los electores pudiese encontrar un canal de salida a través de los tribunales, en cuanto, al mismo tiempo, estuviesen diciendo que la acción de los gobiernos y de los representantes legislativos no deja margen a la duda: no los protege, ni toma en consideración sus necesidades.

TABLA 8

Interés por la política

	<i>Sondeo septiembre 1989</i>				<i>Sondeo diciembre 1989</i>						
	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>OR</i>	<i>NS</i>	<i>Mucho</i>	<i>Interesado</i>	<i>Poco</i>	<i>No</i>	<i>OR</i>	<i>NC</i>	
Hombres	62,6	27,3	7,1	3,1	19,7	22,0	35,6	21,3	0,5	0,9	
Mujeres	51,6	39,6	4,1	4,7	17,2	20,2	36,8	23,1	0,9	1,8	
16 a 18 años	52,8	41,4	3,2	2,5	22,0	18,7	49,6	9,7	—	—	
19 a 25 años	59,6	35,8	3,4	1,1	18,0	22,8	43,0	15,9	0,2	0,2	
26 a 40 años	57,4	34,0	5,7	2,9	19,5	20,4	37,2	20,8	0,9	1,1	
41 años o más	55,5	29,4	7,7	7,5	17,2	20,8	27,6	30,7	1,1	2,6	
1.º grado/escolaridad	52,5	37,7	4,6	9,1	15,5	19,2	35,8	26,7	1,0	1,8	
2.º grado/escolaridad	63,9	28,6	5,9	1,5	22,4	23,6	39,8	13,8	0,2	0,2	
Superior (Univ.)	72,2	15,4	11,5	0,9	32,8	31,3	28,9	6,9	—	—	
Hasta 2 SM	52,3	37,9	4,7	5,0	Hasta 5 SM	15,5	20,7	35,5	25,7	0,9	1,6
De 2 a 5 SM	56,8	34,3	5,0	4,0	De 5 a 10 SM	22,7	18,8	41,8	16,3	0,2	0,2
Más de 5 SM	66,1	24,9	7,8	1,2	Más de 10 SM	28,3	25,6	34,6	11,0	0,2	0,3
NC	49,2	39,4	4,4	7,0	NC	11,6	20,2	33,3	30,7	1,3	2,9

FUENTE: *Cultura política.*

El contraste más importante, mientras tanto, en el marco de las informaciones disponibles, se desprende de los datos sobre el interés de los electores por la política: más del 60 por 100 de los entrevistados en septiembre de 1989 revelan que es positivo, en contraposición a los que respondieron no tener ningún interés (algo más del 30 por 100), una tasa más alta de la que se encontró en España después de la transición de 1975-1977. Además de esto, los resultados revelan un perfil que, en sus líneas generales, responde al patrón encontrado en otros países de régimen democrático consolidado: 1) los hombres tienen un interés relativamente menor que las mujeres por la política; 2) los más jóvenes (16 a 18 años) poseen un interés menor que los de más edad dentro del conjunto, aunque en la franja comprendida entre los 19 y los 25 años de edad se registra la mayor tasa de interés de toda la muestra; 3) el interés de los electores por la política crece según los niveles de escolarización: los más escolarizados son los más interesados, aunque en los tres niveles considerados se registre un interés mayoritario; 4) el interés del elector también crece según los niveles de renta, siendo los más pobres los menos interesados, en contraste con el mayor interés de los más ricos. Además, confirmando lo que muchos estudios de sociología electoral muestran, en el sentido de una fuerte relación entre las variables de renta y escolarización, el crecimiento del interés para la primera variable va parejo al crecimiento de la variable escolarización. Por otro lado, los datos del sondeo de diciembre muestran que, si se agregan los indicadores de interés, éstos crecen entre las dos investigaciones en los diferentes segmentos de la población, incluso en los sectores de baja renta y de nivel inferior de escolarización. Es decir, incluso cuando existen reticencias muy grandes para reconocer los motivos morales y el valor ético de la acción de los políticos, los electores se muestran interesados en la política en cuanto tal.

El conjunto de los datos indica, por lo tanto, que el elector brasileño no sólo participa efectivamente —como sucedió en 1989—, sino que desea continuar participando y tiene un interés bastante razonable, comparado al que se encuentra en los países de democracia consolidada, por lo que sucede en el mundo de la política; es decir, desde el punto de vista subjetivo, es propenso a mantener, y, eventualmente, a incrementar, su participación electoral. La participación electoral parece haberse convertido, de este modo, en un fuerte canal de *inclusión* en el sistema político para amplios contingentes de población que sólo ahora están teniendo acceso a éste o se sentían, por muchas razones, excluidos de él. Esto posee un sentido muy importante cuando las elecciones impactan tan intensamente al sistema político como en el caso brasileño.

De forma resumida, podemos decir que las orientaciones políticas básicas de los electores brasileños revelan que son: 1) crecientemente favorables al régimen democrático; 2) mayoritariamente desconfiados de su capacidad para influir en su funcionamiento; 3) severamente críticos en cuanto

a la gestión de las instituciones, principalmente del gobierno y del legislativo; es decir, que si, para ellos, la democracia es preferible a la dictadura, ello no excluye que, al mismo tiempo, y posiblemente por esto mismo, los electores se revelen extremadamente exigentes con la gestión de los políticos y de las instituciones democráticas. Parece estarse formando un creciente consenso social que, con frecuencia, se expresa tanto en los temas de la indignación moral de los electores con los políticos, como en su adhesión a la democracia como valor general; esto no los hace, en modo alguno, menos interesados en la actividad política, la cual, por otra parte, es reconocida por ellos como algo que influye decisivamente en su vida. El análisis preliminar de los datos sugiere que la actitud de rechazo de los electores se dirige: a) en primer lugar, contra los políticos en cuanto que son vistos como representantes de los intereses privados en contraposición a los públicos; y b) en segundo lugar, contra el funcionamiento de las instituciones, en particular de las instituciones de representación; de este modo, el *desencanto* del que han tratado muchos estudiosos de la opinión pública frente al rumbo de la transición política, aparece más como un desaliento frente al rumbo imprimido al país por el primer gobierno civil después de los militares, que como una actitud de descrédito en relación al régimen autoritario o hacia sus formas de participación. Los datos de las investigaciones muestran una evolución de la opinión de los electores que va desde una *adhesión moderada* a una *adhesión mayoritaria* a la democracia, de un modo particular si tomamos en consideración que entre los dos sondeos la ampliación del número de los *demócratas* se debe, primordialmente, a la disminución de aquellos que antes creían que era mejor no optar entre la democracia y la dictadura. Ello no disminuye la importancia del hecho de que los índices más bajos de adhesión a la democracia estén entre los más pobres y los que tienen unos niveles más inferiores de escolaridad, sino que muestra, incluso para el análisis de las actitudes de estos segmentos, que la participación en la vida pública es una forma segura de ampliar la adhesión de los ciudadanos al régimen de la democracia política. Participación y adhesión a valores democráticos han de ser vistos, por lo tanto, como paralelos y formando el contexto de la nueva cultura política que está en formación en el país¹⁰.

¹⁰ Los datos de la investigación *Cultura política* no permiten llevar a cabo interpretaciones que expliquen la insatisfacción con la Nueva República como síntoma de un *desencanto* con las instituciones y con el propio régimen democrático. Por esto, retomo aquí las líneas de mi ensayo «Dilemas de consolidação democrática no Brasil», en J. A. MOISÉS y J. A. G. ALBUQUERQUE, *Dilemas da consolidação da democracia*, Paz e Terra, Río, 1989. Para una visión algo diferente de la que se mantiene aquí, véase E. DINIZ, «Transição, partidos e regimes políticos: algumas considerações», en A. CAMARGO y E. DINIZ, *Continuidade e mudança no Brasil da Nova República*, IUPERJ/Vértice, Río, 1989.

3. *Voto de protesta y sistema partidista*

Exclusión social, fuerte propensión a la participación y exacerbación competitiva: el perfil del elector que se ha trazado antes permite afirmar que los resultados electorales de 1989 podían ser previstos (al menos hasta donde se puede prever que ocurran fenómenos sociales y políticos de esta envergadura). Pero no se trata de una interpretación *ex post factum*, porque, al no darse crédito a los resultados de numerosas investigaciones de opinión que venían indicando con un razonable grado de agudeza las raíces políticas de la insatisfacción popular, los resultados de las tres elecciones realizadas bajo la Nueva República en 1985, 1986 y 1988 habían mostrado: a) que la tendencia del voto plebiscitario continuaba en vigor; y b) que el impulso de la protesta se dirigía ahora contra el inmovilismo de los políticos y contra el precario funcionamiento de las instituciones políticas. De hecho, en 1985, con ocasión de las elecciones para prefectos de capitales, el PDS, partido que sustentaba al régimen anterior, emergió como el gran perdedor, desapareciendo prácticamente en las mayores áreas urbanas del país, mientras que el PMDB, símbolo de la oposición al autoritarismo, aunque obteniendo el 33,9 por 100 de los votos en todo el país, no consiguió polarizar totalmente el potencial de protesta del electorado que, de este modo, expresó su insatisfacción a través del apoyo a los candidatos de oposición presentados por las nuevas fuerzas políticas partidarias que empezaban a emerger en el país. De este modo, por el lado izquierdo del espectro político-ideológico, el PDT, el PSB y el PT lograron conquistar, respectivamente, prefecturas tan importantes como las de Rio de Janeiro, Recife y Fortaleza, obteniendo, en conjunto, el 26,5 por 100 de los votos; en cuanto a esto, en el otro polo de este espectro, un candidato con una clara postura de derechas, como Janio Quadros, del PTB, consiguió ganar la estratégica prefectura de São Paulo, obteniendo junto con los partidos conservadores el 28,2 por 100 de los votos en todo el país. Era el inicio de un período de fuertes turbulencias sobre el sistema partidario que, en la fase anterior, también a través del voto de protesta, había logrado crear una relativa identificación entre electores y partidos del régimen militar; el PDS continuaría siendo rechazado por el elector, pero la oposición, que antes se manifestaba fundamentalmente a través del PMDB, ahora desbordaba sus fronteras y pasaba a expresarse también a través de nuevas formaciones que comenzaron a formarse desde la reforma partidista de 1979.

Esta tendencia se mantiene en las elecciones de 1986 y de 1988, reforzando las evidencias de que la insatisfacción de la población con los derroteros de la vida política bajo la Nueva República buscaba nuevas formas para expresarse. En 1986, aunque el PMDB hubiese logrado un éxito notable bajo el impulso del «Plano Crizado», eligiendo a 22 de los 23 gobernadores de los Estados y alcanzando un índice de más del 50 por 100

para la Cámara de Diputados, el electorado impuso una tasa de renovación de aquella sede del legislativo que alcanzó a casi el 55 por 100 de los elegidos, mostrando que si los electores aprobaban las iniciativas que mantenían el «Plano Cruzado» —hasta entonces no había dado señales del fracaso que conocería enseguida después— desaprobaban, al tiempo, mayoritariamente la conducta de sus representantes políticos. Dos años después, en las elecciones municipales de 1988, el escenario se complicó todavía más: una alta tasa de renovación en la composición de las «Cámaras de Vereadores» (locales) mostró que la falta de confianza de los electores hacia los políticos era más general. El PMDB conquistó, esta vez, sólo cinco prefecturas de capitales, un número semejante al conquistado por el PDT y algo superior a las tres logradas por el PT, sin hablar de las otras diez ganadas por el PSDB, el PSB, el PDS y el TYB. De este modo, se rompía el monolitismo de la oposición de la que, en las condiciones del bipartidismo tutelado, se hizo intérprete el PMDB en los años setenta. A partir de ese momento, Brasil ha conocido un pluripartidismo moderado, nacido de la reforma partidista llevada a cabo por iniciativa del antiguo régimen, quien, en 1979, remiando los efectos a largo plazo del régimen plebiscitario, propuso la extinción de las antiguas formaciones Arena y MDB (sustituidas por el PDS y el PMDB).

Sin embargo, lejos de significar la consolidación de un nuevo sistema de partidos, el cuadro revelado por los resultados de estas elecciones mostró que la inestabilidad que afectó al conjunto de las instituciones políticas durante el proceso brasileño de transición tuvo un impacto particular en los partidos políticos, aunque sin impedir que se organizaran o reorganizaran. A ello se suma la tradición de fluidez que parece ser típica de la formación de partidos en Brasil. De hecho, en contraste con los casos de Argentina, de Chile y de Uruguay, Brasil se caracteriza, en América Latina, por un cuadro de inestabilidad crónica del sistema partidista, cuya continuidad en el tiempo es, al menos, algo discutible. Después de la democratización de la postguerra, el país ya ha conocido tres formaciones partidarias diferentes cuya dinámica ha conllevado factores cruciales como: *a)* una enorme oscilación en el número de partidos existentes; *b)* una fuerte heterogeneidad en su composición interna, acompañada de bruscas migraciones de una formación a otra; y *c)* la inconsistencia en la posición de los partidos en el espectro político-ideológico. Ello no impidió, sin embargo, que en dos períodos, entre 1946 y 1964, y entre 1966 y 1979, el país conociese dos formaciones partidarias reconocidas por su razonable grado de consistencia y de identificación entre los electores y los partidos; pero la primera fue suprimida por iniciativa del régimen militar, y la segunda, aunque criada por él, fue uno de los factores de crisis del propio régimen, habiendo sufrido, también, la intervención de sus creadores. Es evidente, por lo tanto, que la experiencia de consolidación del sistema partidista se ha sometido a un patrón de constantes intervenciones del Estado.

Estas circunstancias han llevado a algunos analistas a explicar los resultados de las recientes elecciones a partir del cuadro de oscilaciones del voto popular, sugiriendo que el enorme grado de volatilización del comportamiento electoral haría difícil, si no imposible, la consolidación de partidos capaces de ofrecer un sistema recíproco y orientado de referencias y, al mismo tiempo, las distintas alternativas políticas capaces de diferenciarlos para los electores, como es típico de un sistema de partidos. Aunque se admita que, a partir de 1974, los electores se hayan apartado de un patrón de elecciones estrictamente personalistas, desarrollando un sentido razonable de lealtades con las dos formaciones del bipartidismo tutelado, estos analistas identificaron los resultados electorales de 1985, 1986 y 1988 como señales de recrudescimiento de la inestabilidad crónica del sistema partidista, algo atribuido a las prácticas y a las conductas políticas que, como vimos, hicieron del descrédito de los políticos el centro de la insatisfacción popular bajo la Nueva República. Dos consecuencias pueden apuntarse a partir de estos análisis: 1) en primer lugar, se sugiere que estaríamos, una vez más en la historia brasileña, frente a un movimiento de distanciamiento entre el elector y los partidos, lo que reduciría las lealtades recién construidas y aumentaría enormemente la disponibilidad de los ciudadanos para otras formas de vinculación político-electoral; y 2) además de esto, el sentimiento de impotencia (e incluso de irresponsabilidad social) que se derivaría del clima de frustración generada por la Nueva República, habría producido una actitud de retraimiento popular no sólo en relación a los partidos, sino también relativo al resto de la actividad política. El efecto de radicalización resultante de ello ha sido apuntado, por estos análisis, como caracterizando al período que antecede a las elecciones presidenciales de 1989, con los electores desinteresándose por las disputas electorales, desconfiando de la eficacia de los partidos y de las demás instituciones políticas, y, finalmente, optando por alternativas aparentemente más adecuadas para expresar su insatisfacción, o su desilusión y su resentimiento ante los fracasos del primer gobierno civil tras el autoritarismo¹¹.

Dejando de lado, por ahora, el hecho de que la inmensa propensión a la participación electoral verificada en 1989 no confirma los hechos sobre los que se basan algunas de estas interpretaciones, hemos de admitir que, a primera vista, los resultados de las elecciones presidenciales apuntan, efectivamente, no sólo en la dirección de una crisis de representatividad de los partidos, sino también a un efecto de disolución del sistema partidista heredado del período autoritario: los candidatos de los dos principales

¹¹ Véanse, especialmente, DINIZ, *op. cit.*; J. R. SALLUM, *op. cit.*, y, también, E. DINIZ y R. BOSCHI, «A consolidação democrática no Brasil: atores políticos, parcerias sociais e intermediação dos interesses», en DINIZ *et al.*, *Modernização e consolidação democrática no Brasil: dilemas da Nova República*, IUPERJ/Vértice, SP, 1989.

partidos en el Congreso Nacional, el PMDB y el PFL —los garantes de los entendimientos que llevaron a la formación de la Nueva República—, no consiguieron alcanzar *juntos* más del 5 por 100 de los votos en el primer turno, mientras que el candidato victorioso salió elegido con más del 50 por 100 de los votos, aunque el PRN, que lo lanzó, no existiera un año antes de las elecciones. El escenario se ajusta como un guante a las condiciones descritas como propicias al resurgimiento de liderazgos autoritarios y populistas, independientemente de que éstos se sitúen a la izquierda o a la derecha del espectro político-ideológico.

Pero si estas interpretaciones incorporan importantes factores de explicación de las especificidades de la difícil experiencia de formación de un sistema partidista en Brasil, son insuficientes para diagnosticar adecuadamente el cuadro contradictorio formado por la realidad de partidos en crisis conviviendo con otros que se caracterizan por un progresivo proceso de crecimiento. De hecho, la crisis de los partidos tradicionales, como el PDS, el PMDB y el PFL, contrasta con el fenómeno de emergencia de partidos societarios, de masas y de perfil ideológico más definido, como el PT, o el PDT y el PSDB. Estos partidos conocen en la actualidad un visible proceso de enraizamiento social y, en algunos casos, ocupan el vacío dejado por la crisis del PMDB. En el caso del PT, además de una reconocida capacidad organizativa que hace de él la primera experiencia importante en la historia política del país de un vínculo efectivo entre los movimientos sociales y la organización partidista, la consistencia de su actitud de oposición, tanto al carácter conservador de la transición como a los desmanes del gobierno Sarney, lo calificó para expresar parte de la protesta del elector y llevar a su candidato al segundo turno de las elecciones, sugiriendo que, aunque dentro de límites reconocidos, el fenómeno de formación de nuevas identidades políticas tiene también espacio para incluir al lado izquierdo del espectro político.

Al mismo tiempo, otros factores de orden político-institucional incidieron fuertemente en las condiciones que, pasando por las elecciones de 1989, generaron graves efectos *disruptores* sobre la estructura de organización de los partidos. En primer lugar, está la nueva reforma de la legislación electoral y partidaria, que, apenas seis años después de la anterior de 1979, creó condiciones extremadamente permisivas para la organización de nuevos partidos aunque tuviese una justificación correcta; en concreto, facilitar la legalización de los antiguos partidos clandestinos, el PCB y el PC do B, con origen en la tradición comunista. El problema es que la legislación reblandeció tanto las exigencias para una organización partidista que, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, se presentaron veintidós candidaturas, muchas de las cuales apoyadas en organizaciones sin ningún enraizamiento social y, al fin y al cabo, utilizando el proceso electoral para sacar del anonimato a sus candidatos (en la actualidad hay cuarenta y un partidos registrados en el TSE, entre los «legalizados» y los

que aspiran a serlo). A pesar de que estaban destinadas a ampliar las libertades de organización política, las nuevas normas legales dificultaron en gran medida la formación de identidades partidarias permanentes, estimulando la volatilidad y la dispersión de la lealtad del elector.

En segundo lugar, es preciso tener en cuenta, en particular, la función abiertamente desorganizadora del sistema partidario desempeñada por las elecciones en un régimen de gobierno tan centralizado, y cuyo exceso de autonomía no se somete a ningún mecanismo efectivo de control político, como es el caso de la modalidad del presidencialismo vigente en Brasil. La lógica de funcionamiento de nuestro sistema presidencialista hace que todo (o casi todo, con la excepción de los temas relativos a las Fuerzas Armadas) dependa, en última instancia, de la persona del presidente de la República, llevando la competición electoral a descalificar a los partidos y a acentuar la tradición de personalización de las relaciones de poder: los candidatos son estimulados por sí mismos, como únicos responsables de sus programas de gobierno y como verdaderos depositarios de todas y de cualquier expectativa de cambio existente en la sociedad. Como es típico de situaciones de juego de suma cero, la *gestión individual* de los candidatos se encuentra excesivamente valorada, visto como algo casi definitivo para lograr la producción de los resultados finales de la competición (es así como, en todo caso, toda la prensa brasileña tendió a interpretar los resultados del debate final en la televisión entre Collor y Lula)¹². En tercer lugar, es preciso considerar que hay cierta exageración en la afirmación sobre la casi completa ausencia de los partidos en el proceso específico que condujo a la victoria de Collor en 1989. Por una parte, el propio candidato supo organizar la ya referida empresa *político-electoral* que, para los fines de la contienda presidencial, desempeñó funciones parapartidarias bastante claras: definió una imagen (de «cazador de marajás»), la vinculó a un programa de gobierno (desestatalización, modernización de la economía y vuelta a retomar el crecimiento), organizó los recursos materiales indispensables para su comunicación con los electores (los *media* electrónicos) y, finalmente, articuló un abanico de alianzas sociales capaz de sustentar las candidaturas. La imagen está muy lejos del modelo de los partidos programáticos y socialmente homogéneos de la experiencia europea tradicional, o de las maquinarias partidistas norteamericanas del último siglo y medio (que, a pesar de todo, poseen continuidad en el tiempo); pero no se aparta totalmente de las funciones que algunos paradigmas teóricos contemporáneos definen para los partidos en cuanto que instrumentos típicos de sistemas democráticos que funcionan, básicamente, como mecanismos de selección de las élites gubernamentales. En el modelo del elitismo compe-

¹² El equilibrio relativo entre los dos candidatos, verificado en la preferencia de los electores algunos días antes de las elecciones, comenzó a romperse a partir del último debate de televisión, realizado tres días antes de la fecha, lo que llevó a muchos observadores a atribuir las razones de la derrota de Lula a su actuación en el mismo.

titivo de Schumpeter, por ejemplo, el proceso electoral desempeña, fundamentalmente, el papel de un mecanismo selectivo entre élites alternativas y los partidos son organizaciones a las que se atribuyen funciones típicamente político-empresariales, es decir, de instrumentar a las élites para la conquista del poder. Es evidente que la elección de un modelo de esta naturaleza no es arbitraria, es decir, tiene implicaciones para el funcionamiento del régimen democrático, significando una clara redefinición del papel tradicional de los partidos políticos; pero en el caso de la candidatura de Collor de Mello, sería difícil no reconocer alguna semejanza con este modelo. Por otro lado, tenemos que considerar también el papel desempeñado por esta empresa político-electoral en las articulaciones que resultan en el dislocamiento del apoyo y de los recursos (políticos y materiales) de otros partidos, como el PFL y el PMDB, para el candidato del PRN. De hecho, grupos enteros de estos partidos abandonaron a sus candidatos, prestando a la candidatura de Collor el apoyo de las máquinas locales y de la fuerza electoral de ciertos líderes regionales. Frente a las dificultades creadas por el proceso de transición al funcionamiento de los partidos, algo que, como sabemos, conlleva la aludida redefinición de las identidades de los sujetos políticos, no se debería excluir la hipótesis de que, más que simples inconsistencias programáticas o ideológicas, estas articulaciones pueden haber anunciado nuevas disposiciones que, en último término, darán lugar a la emergencia de un partido con perfil conservador.

Finalmente, es preciso considerar que los análisis que diagnostican las dificultades de formación de un sistema partidista en el país son insuficientes, también, para reconocer el efecto de las transformaciones en curso en el terreno de la cultura política brasileña. Si es cierto que, de acuerdo con otras experiencias conocidas de consolidación democrática, en la tradición política brasileña se registra la presencia de una fuerte cultura anti-partidista, no es menos real que, a partir de los complejos procesos que conllevaron el mantenimiento de la competencia electoral durante la transición, esta cultura está cediendo terreno (incluso en circunstancias extremadamente adversas) a una revalorización del papel de los partidos y, como vimos en la sección anterior, de la propia actividad política. Los datos sobre este particular muestran, a pesar de que la valoración que los electores hacen de la gestión de los partidos sea crítica, al mismo tiempo, la presencia de enormes expectativas en lo que los electores piensan que debería ser la gestión y en lo que esperan que cumplan los partidos. Y algo más importante: incluso con todas las dificultades ya señaladas para el funcionamiento de los partidos, casi el 50 por 100 de los electores brasileños posee alguna preferencia partidaria (y casi un 10 por 100 está efectivamente afiliado a uno de ellos), mostrando que si su funcionamiento precario estimula la severidad en la valoración de su papel, ello no suprime el interés de los electores por ellos, ni los inhibe de optar por uno de ellos. Otro aspecto positivo es que, entre los que revelan tener preferencia por

TABLA 9

Valoración de la gestión y de las expectativas en relación a los partidos
(En porcentajes)

	A QUIEN REPRESENTAN LOS PARTIDOS													
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			RENTA				TOTAL
	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	1	2	3	4	
Población	10,4	8,1	8,6	9,1	9,0	9,7	11,3	4,6	4,6	11,2	10,4	7,4	6,7	9,2
Políticos	49,8	49,0	62,4	56,2	54,1	36,0	39,9	69,9	68,6	37,5	54,1	62,2	38,9	49,4
Electores	22,6	22,4	21,0	24,9	21,8	22,0	23,7	21,5	17,8	24,1	20,8	22,0	23,3	22,5
OR	3,9	1,8	1,6	1,4	3,6	3,3	1,9	2,8	8,3	1,4	2,0	4,8	3,3	2,8
NS/NC	13,3	18,8	6,4	8,5	11,6	29,0	23,2	1,2	0,4	25,7	12,7	3,5	27,8	16,1

TABLA 9 (Continuación)

Valoración de la gestión y de las expectativas en relación a los partidos
(En porcentajes)

	A QUIEN DEBERIAN REPRESENTAR LOS PARTIDOS													
	SEXO		EDAD				ESCOLARIDAD			RENTA				TOTAL
	M	F	16-17	18-25	26-40	+41	1. ^{er} grado	2. ^o grado	3. ^{er} grado	1	2	3	4	
Población	64,7	58,0	63,7	65,7	63,2	55,3	53,3	79,6	76,5	18,9	67,1	74,1	51,0	61,3
Políticos	2,9	3,3	4,8	3,5	2,2	3,7	3,8	2,1	1,4	3,9	2,0	3,7	2,5	3,2
Electores	21,9	22,0	21,7	22,7	22,8	18,6	24,1	15,4	15,4	26,5	19,6	16,3	24,0	21,1
OR	2,5	2,1	1,0	1,0	2,6	3,2	2,0	1,4	5,7	2,3	1,8	2,6	2,8	2,3
NS/NC	9,1	14,5	8,9	7,1	9,1	19,1	16,7	1,4	1,1	18,4	9,5	3,4	19,7	11,8

FUENTE: *Cultura política.*

algún partido, la confianza en lo que respecta al grado de eficiencia del mismo es creciente, haciéndose mayoritaria en el sondeo realizado entre la primera y la segunda vuelta de la elección; una convicción que se confirma, por otra parte, en los datos relativos a la convicción sobre quién tiene la función de «proponer candidatos», es decir, de seleccionar a quiénes ha de entregarse el gobierno de la sociedad. Es decir, incluso cuando se encuentran colocados frente a una alternativa fuertemente antipartidista, los electores prefieren claramente a los partidos para realizar esta función crucial del régimen democrático.

TABLA 10

Evolución de las tasas de quienes tienen preferencia partidista

Categorías	Sondeo		
	Sept./89	Dic./89	Marzo/89
Tienen preferencia	41,5	46,0	44,5
No la tienen	52,9	53,0	48,9
OR	5,6	1,0	6,6

FUENTE: *Cultura política*.

TABLA 11

Confianza en los partidos políticos

Categorías	Sondeo Sept./89	Sondeo Dic./89
Está siendo eficiente	46,4	64,5
No lo está siendo	27,7	20,1
Más o menos/un poco	16,8	10,5
OR	4,5	1,7
NS/NC	4,7	3,2

FUENTE: *Cultura política*.

TABLA 12

Quién debe proponer a los candidatos

<i>Categorías</i>	<i>Sondeo Sept./89</i>	<i>Sondeo Dic./89</i>
Movimientos/Grupos sociales	52,8	32,4
Sólo los partidos	32,0	49,8
OR	3,1	3,4
NS/NC	12,2	14,4

FUENTE: *Cultura política*.

Si, evidentemente, estas indicaciones son insuficientes para hablar de la existencia de un nuevo sistema de partidos en el país, revelan, sin embargo, que las condiciones culturales en torno a la imagen de los partidos comienza a alterarse. La propia comprensión revelada por los electores, durante la campaña electoral de 1989, sobre la localización de los distintos partidos en el espectro político-ideológico parece confirmarlo. A pesar de la cautela con la que debemos analizar los datos relativos a la autoidentificación de los electores en un posible *continuum* izquierda-derecha, teniendo presentes las conocidas dificultades que introduce el uso de estos conceptos para una percepción social más amplia del proceso político, los datos de las tablas que siguen muestran que, en 1989, los electores discriminaban con un grado razonable de nitidez la distinta significación político-ideológica de los partidos presentes en la competición electoral.

De hecho, los datos de las tablas 13 y 14 se refieren a la identificación de la posición de los partidos preferidos por los electores a partir de una escala izquierda-derecha puntuada del 1 al 7, en la que las posiciones más próximas al 1 correspondían a la izquierda y las posiciones más próximas al 7 a la derecha. Para los fines de este análisis, sin embargo, se adoptó arbitrariamente la decisión de clasificar la puntuación 1+2 para indicar las posiciones de izquierda, 3+4+5 las posiciones de centro y 6+7 las posiciones de derecha. Aunque discutible, la decisión tiene, aquí, fines estrictamente descriptivos. En el primer caso (tabla 13), consultados en el momento en que la campaña electoral todavía no había adquirido el grado de polarización hallado en su fase final, los electores situaron al PT y al PDT en la izquierda, al PMDB y al PDS en el centro (aunque, en este último caso, en una proporción bastante próxima a su localización en la derecha) y al PFL y al PRN en la derecha; más tarde, cuando la campaña ya se había exacerbado bastante, entre la primera y la segunda vuelta, los electores introdujeron algunas «correcciones» en su anterior lectura sobre el espectro político-ideológico; el PT y el PDT continuaron en la izquier-

TABLA 13

*Identificación del partido de preferencia en la escala izquierda-derecha
(En porcentajes)*

<i>Categorías</i>	<i>SONDEO SEPTIEMBRE 1989</i>							<i>SONDEO DICIEMBRE 1989</i>						
	<i>PMDB</i>	<i>PT</i>	<i>PDS</i>	<i>PDT</i>	<i>PFL</i>	<i>PRB</i>	<i>Otros*</i>	<i>PMDB</i>	<i>PT</i>	<i>PDS</i>	<i>PDT</i>	<i>PFL</i>	<i>PRB</i>	<i>Otros*</i>
Izquierda (1+2)	9,3	48,3	10,8	35,3	3,7	7,9	20,8	16,9	54,6	9,1	42,7	11,8	8,1	15,9
Centro (3+4+5)	36,1	32,8	35,8	33,3	33,6	30,4	47,7	41,7	23,0	37,8	39,9	34,0	21,0	29,7
Derecha (6+7)	29,0	8,5	29,3	19,4	43,5	38,4	33,5	24,9	13,3	40,4	12,8	26,9	56,4	28,4
OR (incluye NS/NC)	25,5	10,5	24,1	11,9	19,3	23,2	11,7	16,5	8,2	12,8	4,4	27,4	14,6	38,0

* Otros incluye otros partidos, nombres y referencias y ningún/no tiene preferencia.

FUENTE: *Cultura política*. (N: 818/sept. y 1.303/dic.).

TABLA 14

Identificación partidista de los que acertaron en el uso de la escala ideológica
(En porcentajes)

<i>Categorías</i>	PMDB	PT	PDS	PDT	PFL	PRN	Otros
Izquierda (1+2)	13,5	64,0	8,1	48,5	8,2	7,7	36,5
Centro (3+4+5)	55,6	32,0	54,8	36,0	28,0	48,7	53,1
Derecha (6+7)	22,2	2,7	24,2	13,6	57,1	38,5	10,4
NS/NC	4,0	1,3	12,9	1,9	—	5,1	—
OR	4,8	—	—	—	6,1	—	—

FUENTE: *Cultura política*. Corresponde al 30 por 100 del total de la muestra que utilizó correctamente los conceptos de izquierda/derecha.

da, aunque esta caracterización se acentuó sensiblemente; el PMDB fue visto, con mayor énfasis que antes, en el centro, en donde ahora pasó a estar acompañado por el PFL; se restituyó al PDS en la derecha (aunque manteniendo todavía un porcentaje alto de localización en el centro), al lado del PRN, cuya confirmación en esta posición ganó bastantes puntos más. Los datos de la tabla 14 complementan estas observaciones: son el resultado de una *escala de comprensión ideológica* construida a partir de las respuestas dadas a las preguntas abiertas «Qué es ser de izquierdas/Qué es ser de derechas» en el sondeo de septiembre de 1989. Del conjunto de aquella muestra, apenas el 30 por 100 de los electores supieron utilizar correctamente los conceptos de izquierda/derecha; entonces, tomando a estos electores como base, se comprobó que, cuando tienen una preferencia partidista, la localización político-ideológica que atribuyen a los partidos tiende a confirmar la ofrecida por el conjunto de los entrevistados, exacerbándola. Es decir, que el PT y el PDT se localizan con más intensidad en la izquierda; el PMDB y el PDS son vistos más acentuadamente en el centro (aunque para el último también crece la proporción de quienes lo ven en la derecha); el PFL vuelve a ser localizado preferentemente en la derecha, pero la novedad, ahora, se refiere al PRN, que permanece en el centro, con el número de quienes lo sitúan en la derecha volviendo a la proporción del conjunto de la muestra.

Los resultados presentados aquí confirman, de otro modo, los obtenidos por Olavo Brasil de Lima Junior en su investigación de 1982 en la ciudad de Río de Janeiro, con la excepción del PRN, que no existía en ese momento. Cabe señalar que la asociación encontrada por Lima Junior entre urbanización y voto de izquierdas se confirmó intensamente en las elecciones de 1989, como indican los datos presentados antes¹³.

¹³ Véase O. B. LIMA, Jr., «As recentes eleições brasileiras: tendências e dilemas da interpretação», en *Sistema partidário e alternativas da oposição*, Cadernos Cojuntura, núm. 27, IUPERJ, Río, 1990.

En cuanto a las variaciones observadas en la capacidad clasificatoria de los electores, éstas pueden deberse, por una parte, a las diferencias en el nivel de información de los entrevistados; de creerse en los datos de diciembre, podemos avanzar la hipótesis, ya verificada en otros casos, de que la intensificación de la campaña electoral, con la fuerte exposición de los electores a los debates político-ideológicos transmitidos por los medios de comunicación, influyó decisivamente en la visión más certera que se formaron sobre los partidos; por otra parte, las discrepancias pueden deberse a las propias vicisitudes en el proceso de formación de un sistema de partidos en situaciones de transición. De hecho, la presencia de nuevas formaciones en la competición electoral introduce, necesariamente, un elemento de volatilización del voto y de disolución de antiguas lealtades, una vez que los electores tienen que enfrentarse a una situación sin ningún antecedente en su experiencia, ni en términos de información sobre las siglas, ni en términos de identificación con la posición de estas formaciones en la vida política del país. La lógica de la contienda electoral exige, entretanto, que estas nuevas formaciones se definan, de algún modo, con respecto a las demandas de los electores; de este modo, las señales que emiten durante la campaña acaban convirtiéndose en un importante elemento de información para que los electores puedan localizarlas en el espectro político. Es en este sentido como deben entenderse los datos anteriores.

Si esta variable ha de tomarse con cautela en países en donde los índices de escolaridad son tan bajos como en Brasil (por otro lado, algo que tiende a relativizarse todavía más con las recientes transformaciones que han tenido lugar en las organizaciones políticas a escala nacional), parece claro que la ubicación de los partidos políticos en el espectro político-ideológico es un indicio importante, aunque inicial, para comprender la polarización que tuvo lugar en la segunda vuelta de las elecciones de 1989. Los datos recogidos en diciembre muestran que el elector acompañó la percepción relativa que tiene del lugar de los partidos en el referido *continuum* con una razonable comprensión, también, del significado ideológico de los dos candidatos que disputaron la segunda vuelta. Consultados acerca de la ubicación que atribuían, respectivamente, a Collor y a Lula en la referida escala ideológica, el 49,3 por 100 del conjunto de los entrevistados atribuyeron al primero una posición de derecha y el 50,3 por 100 atribuyeron al segundo una posición de izquierda; controlados por la preferencia partidaria de los electores, estos datos muestran los siguientes porcentajes: el 54 por 100 de los que prefieren al PT y el 57,6 de los que prefieren al PRN localizan a Collor en la derecha, mientras que, a la inversa, el 57,2 por 100 de los que prefieren al PT y el 58,4 de los que prefieren al PRN sitúan a Lula en la izquierda.

4. *Consideraciones finales*

Las transformaciones actualmente en curso en la cultura política de los brasileños tienden a tomar a la democracia como una idea normativa, es decir, como algo valorado en sí mismo. Al mismo tiempo, muestran que los electores se sienten frustrados con la gestión efectiva de los políticos y con el modo en que funcionan las instituciones políticas del país. De este modo, se registra el crecimiento de los intereses de los electores, en todos sus segmentos, por la política; pero este interés y el deseo de influir o de participar en la vida pública están acompañados por un sentimiento de indignación moral que, frecuentemente, se traduce en un voto de protesta que castiga, precisamente, a gobiernos y a partidos que se muestran incapaces de cumplir las expectativas que ellos mismos generaron públicamente sobre sí mismos.

Así pues, más que representar una contradicción entre valores, por un lado, y sentimientos referidos a las posibilidades prácticas del funcionamiento del régimen democrático, por otro, esta indignación moral parece articular, en sus efectos, la adhesión a la democracia (algo creciente incluso entre los estratos de renta más baja del electorado) con el rechazo de las prácticas antirrepublicanas de los políticos; en la base del comportamiento electoral plebiscitario, es decir, el que se manifestaba a favor o en contra de lo que se percibe como formando parte de las aspiraciones básicas del electorado, puede encontrarse una percepción universalista de la política que introduce nuevas posibilidades para la consolidación de la democracia en el país. De hecho, la severidad con la que los electores juzgan a los políticos y el funcionamiento de las instituciones, sugiere que estamos frente a la formación de un cuadro de referencia en relación a la vida política, que posee nuevas exigencias relativas al orden de lo público, y que, de este modo, se distingue mejor del orden de los intereses privados: una tendencia que podríamos designar, al mismo tiempo, como democrática y republicana.

Esta hipótesis se aplica a los resultados de las elecciones de 1989 tanto como al proceso de reordenamiento en curso entre las fuerzas políticas-partidarias e indica que, aunque relevante para explicar muchos aspectos del comportamiento reciente del electorado, el nexo causal entre las variables de tipo ecológico (urbanización, industrialización, complejidad de la estructura ocupacional, etc.) y el voto efectivo es insuficiente para dar cuenta de los complejos procesos que suponen la formación de un régimen democrático en países como Brasil. De hecho, los resultados de las investigaciones presentadas en otras partes de este trabajo sugieren que esta variable ecológica debe asociarse a una variable de naturaleza típicamente política. La polarización ideológica de la última fase de la campaña electoral de 1989, por ejemplo, indica que, simultáneamente a la crisis de ciertas instituciones de representación, cuyo funcionamiento es claramente defici-

tario ante las expectativas de los ciudadanos, estamos probablemente frente a un fenómeno de emergencia de nuevas identidades políticas. Este parece ser el caso, en particular, del sistema de partidos, que, por un lado, muestra signos de desagregación de las estructuras partidarias tradicionales (PDS, PMDB, y PFL) pero, por otro, asiste a la emergencia de organizaciones cuya consistencia ideológica y cuyo enraizamiento social es mayor de la que se encuentra en la media de los partidos brasileños (PT, PDT y PSDB); por otro lado, algo que, en cierta medida, es percibido por el electorado.

Sería difícil imaginar que, en las difíciles condiciones de la tradición política brasileña, que comprende la nueva interacción del conocido patrón de intervención estatal en el proceso de estructuración de los partidos políticos, las recientes y constantes alteraciones en la legislación electoral y partidista, introducidas durante el errático proceso de transición política, no afectasen al ya precario sistema partidista heredado del régimen de 1964. Entretanto, el problema no se agota ahí: en gran parte, la cuestión consiste en saber si, a pesar de las dificultades adicionales introducidas por la naturaleza y el ritmo de transición, el comportamiento del electorado brasileño apunta o no a nuevas y más modernas posibilidades en este terreno. La consolidación de un sistema de partidos, como sabemos, es algo que depende, además de otros factores, de la continuidad en el tiempo de procesos —como las elecciones periódicas para formar gobiernos— a partir de los cuales los electores pueden discernir entre alternativas distintas y fijar realidades. En este sentido, los efectos de las elecciones presidenciales sobre el sistema partidista son, necesariamente, circunstanciales: aunque apunten tendencias posibles, no definen por sí solas el destino de estructuras que hace décadas vienen pasando por innumerables mutaciones.

Además de esto, tenemos que considerar que, junto a la crisis de representatividad de los partidos tradicionales, la polarización política que tuvo lugar en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales indica que la reorganización de identidades políticas provocada, en gran parte, por la dinámica de la transición política todavía está en curso, siendo difícil prever cuándo concluirá. La polarización tuvo lugar porque los bloques de fuerzas señalaron, cada uno a su modo, el contenido y las formas de organización, algo comprendido tanto por el elector como por los competidores, obligándolos a responder a esta señalización. Un ejemplo de este fenómeno proviene, además, del lado de los partidos de izquierda, cuyas alternativas organizativas y opciones programáticas parecen responder a un enraizamiento social más definido de los mismos, algo no sólo captado, sino que tiende a provocar reacciones entre sus semejantes del polo conservador. La propia modalidad específica de articulación que tuvo lugar en la elección de Collor de Mello apunta en esta dirección. El cuadro se aproxima, en cierto sentido, a las experiencias de consolidación democrática en

Europa, analizadas por Umberto Cerroni, cuando, en varios países, la formación de un sistema de partidos competitivo sólo tuvo lugar cuando surgieron los partidos de masas; éstos, al disputar a los clubs y a las *viejas agrupaciones oligárquicas* las preferencias de la masa de los electores, los obligaron a definirse mejor no sólo en lo que respecta al perfil de los partidos, sino a la propia naturaleza pluralista del sistema político¹⁴.

El problema de la formación de un sistema de partidos depende, por lo tanto, entre otros factores, del modo como la emergencia de nuevas identidades políticas puede o no cristalizar. Y, además de la voluntad política de los sujetos, esto depende también de la ingeniería institucional que se adopte en el proceso de democratización: cuando la legislación electoral y partidaria tiende a descalificar a los partidos, introduciendo elementos de rarificación o de dispersión de las lealtades de los electores, como es típico del caso brasileño, los resultados pueden ser muy negativos; ello quiere decir que la formación de un sistema de partidos no depende sólo del funcionamiento del «mercado político»: depende también del modo como la sociedad protege el funcionamiento de este tipo particular de instituciones. En este sentido, más que esperar a su plena consolidación a partir del proceso político reciente, quizá sea más importante verificar la presencia de síntomas de que las condiciones para la emergencia de un nuevo sistema de partidos ya existen. Y que, cuando ya existen, hay decisiones normativas, como las que se refieren a la legislación electoral y partidaria, que, una vez adoptadas, pueden facilitar y/o estimular la consolidación de un sistema de partidos. El problema de saber, entretanto, qué normas son éstas no es, obviamente, el objeto de este artículo.

(Traducción de M.^a Luz MORÁN CALVO SOTELO.)

¹⁴ Véase U. CERRONI, *Teoria do partido politico*, Livraria Editora Ciências Humanas, SP, 1982.